

La cuestión del "Maine"

Resumen positivo y práctico. Para presentar concreta, clara y concisamente al lector la sustancia, digámoslo así, tangible de cuanto dejamos dicho e indicado en los cuatro últimos números de este periódico, nada nos parece mejor que dar noticia literal de la comunicación y nota que hemos dirigido al Gobierno de S. M., esto es, al miembro de él bajo cuya competencia cae más propiamente la materia de que se trata. Dicen así:

Comunicación al ministro de Marina

Excelentísimo señor: Como capitán de puerto, que fui, de la Habana, durante los meses de Septiembre y Octubre y parte de Noviembre de 1897, tengo la honra de poner en conocimiento de V. E. que la boya á que estuvo y pereció amarrado el *Maine* y que, como todas las demás de amarre en aquel puerto, había sido cambiada de número y de sitio, ya no se hallaba situada entonces donde los planos publicados la señalaban; y que esta sola circunstancia, generalmente desconocida, por nimia que á primera vista pueda parecer, subvierte por completo la interpretación que, con gran perjuicio nuestro, se ha venido dando en todas partes, sobre todo en los Estados Unidos, á la conclusión capital, la séptima, del informe americano.

Y como capitán de navío de eventualidades, que también fui, en la Habana, y autor, por encargo ó significación del Comandante General y Jefe de Estado Mayor de aquel Apostadero, del artículo editorial publicado en *La Lucha*, de la mencionada ciudad, en 1.º de Marzo de 1898, sobre también la honra de n.º estar á V. E. que el pertrecho á que pertenecía el trozo de cartucho gráficamente representado en dicho artículo, y que había hecho explosión en el *Maine* ó con el *Maine*, no tenía las marcas reglamentarias exigidas por las leyes de los Estados Unidos para los efectos militares que su Marina de guerra adquiere, y en cambio ostentaba otras que deslucen mucho de la marcial sobriedad con que en esas cosas procede aquella Marina; y que esta doble descalificación de aquel pertrecho positivamente americano, puede dar la clave (para el que suscribe la ha dado ya) del lamentabilísimo suceso que vino á traernos con cinematográfica rapidez guerra y desastre.

La verdad y realidad de los dos hechos mencionados y de sus respectivas consecuencias ó efectos van expuestos en la nota adjunta que respetuosamente paso á manos de V. E. con la presente comunicación en cumplimiento de lo que creo que es mi deber como oficial de Marina, así me halle hoy en situación de retirado, y como ciudadano amante del buen nombre de su país, pues V. E. sabe que desdichada é injustamente hace once años que este buen nombre viene estando en entredicho, ante la opinión de numerosas gentes, en lo que toca á la famosa cuestión con que todo lo expresado tiene relación directa é íntima. Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid, á 15 de Marzo de 1909.—Excelentísimo señor.—(Firma).—Excelentísimo señor ministro de Marina.

Nota de referencia

Cuando ocurrió la catástrofe del *Maine* (15 de Febrero de 1898), por un lado la extraterritorialidad de aquel buque de guerra extranjero nos impedía, á los españoles, el acceso á los lugares y objetos que más importaba examinar, y por otro escaseaban y aun faltaban en el Apostadero ciertos recursos, tanto de personal como de material, cuyo auxilio y empleo requería aquel caso especialísimo, aun sin contar con que la Marina, que nunca tuvo policía propia, no siempre pudo estar bien servida por la de nuestra legación en Washington ó la del gobierno general de la isla de Cuba.

No es de extrañar, por tanto, que el informe del inteligentísimo jefe de la Armada encargado de instruir sumaria de ritual, sin embargo de acreditar la capacidad y valer de aquel marino español, no hubiese resultado tan comprensivo y amplio como el de la comisión ó junta americana. Y así hemos de creer que lo entendió también nuestro gobierno, dado lo que, en vista de lo que los americanos alegaban, propuso al de Washington.

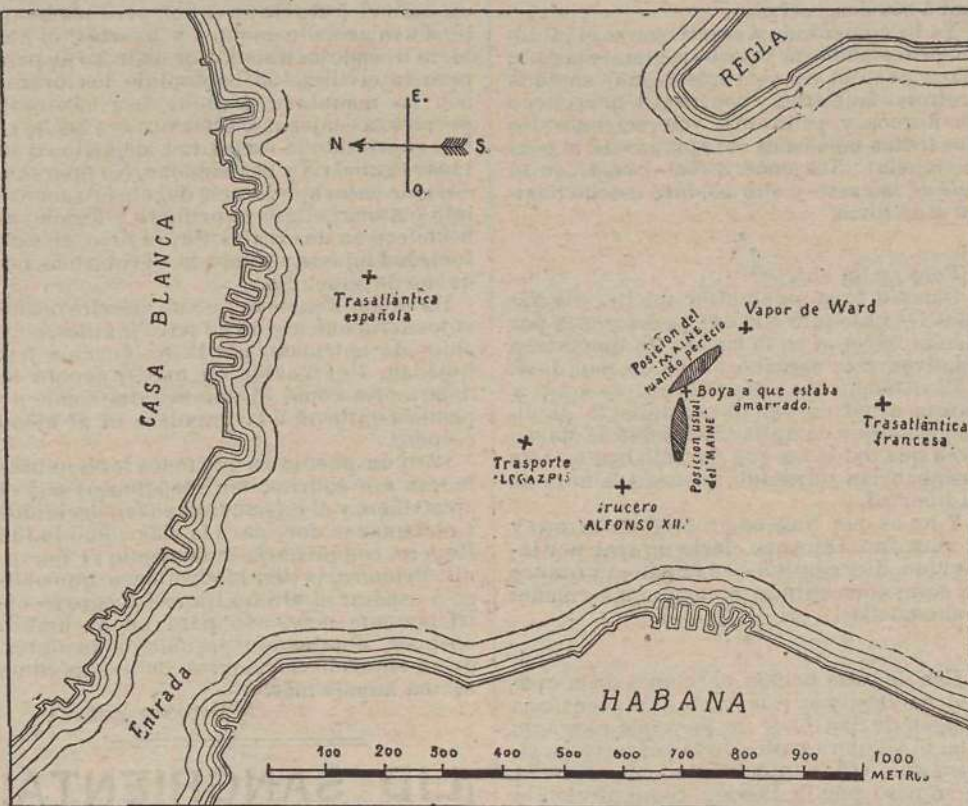
Al informe americano, pues, considerablemente más extenso, minucioso y documentado que al español, le estuvo permitido ser, ha de referirse toda investigación ó estudio que hayan de poner luz en asunto de tanta importancia y que ni técnica, ni jurídica, ni diplomáticamente está más que planteado, porque la ruptura de relaciones entre los dos países vino á hacer en la cuestión de que se trata igual oficio que el inesperado final del capítulo en la comenzada batalla del hidalgo manchego y el escudero vizcaíno, sin que en dicha cuestión, la que ahora nos interesa, haya habido todavía capítulo siguiente en que termine.

Así es que lo que primero procede es te-

ner á la vista las conclusiones de dicho informe, que son éstas:

1.ª Que el buque de combate de los Es-

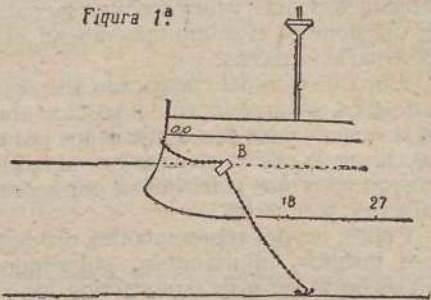
ta-
ne tiene dicho que era «la número 5, comun-
mente conocida en la Habana con el núme-
ro 4», (pág. 377 del *Century*, vol. LVII); ¿cuál



tados Unidos *Maine* llegó al puerto de la Habana el día 25 de Enero de 1898 y fué, por un práctico del gobierno, llevado y amarrado en fondo de 5 y media á 6 brazas á la boya número 4. El consul general de los Estados Unidos en la Habana había notificado el día anterior á las autoridades españolas la proyectada expedición del *Maine*.

2.ª (Se refiere al estado de disciplina,

Figura 1.ª



pañoles, etc., del buque, hallando que todo estaba en la condición y orden más perfectos.)

3.ª (Describe el suceso tal como se deduce de las declaraciones de los testigos y de la general disposición de los restos del buque.)

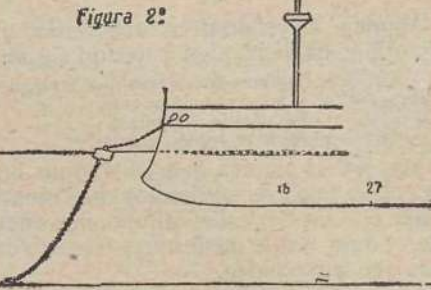
4.ª (Señala ciertos efectos materiales que muestran que dos ó más de los pañoles de proa habían hecho explosión.)

5.ª (Señala otros efectos, materiales también, que en opinión de la junta sólo pueden ser debidos á la explosión de una mina situada bajo los fondos del buque, en las inmediaciones y un tanto á babor de la cuaderna 18.)

6.ª (Exculpa por completo á todos los de á bordo.)

7.ª En opinión de la junta, el *Maine* fué destruido por la explosión de una mina sub-

Figura 2.ª



marina que causó la explosión parcial de dos ó más de los pañoles de proa. La junta no ha podido obtener testimonio (*evidence*) que fije la responsabilidad de la destrucción del *Maine* en ninguna persona ó personas.

Tales son las conclusiones de aquel memorable informe y de las cuales hemos dado literalmente el texto de la primera, la más insignificante al parecer, y de la séptima, evidentemente la más importante, porque ambas necesitan las aclaraciones que aquí vamos á hacer.

En efecto. Dando, naturalmente, por supuesto que la comisión americana se refiere á la boya de que el comandante del *Maine*

era la situación exacta de aquella boya que, no sólo los planos americanos de aquella época, sino los españoles también, designan con el número 5?

Si se consulta el plano del capitán de puerto, puesto que en los de uso general no consta este detalle, al Sueste de dicha boya número 5 y á 195 metros de distancia, 634 pies ingleses, estaba la de los vapores de la línea Ward. Y como el *Maine*, cuando pereció, tenía por la popa uno de estos vapores, el *City of Washington*, orientado como él (véase en el planito adjunto la orientación del *Maine* en el momento trágico) y á una distancia, según nuestras propias observaciones y la declaración del mismo capitán

Figura 3.ª



Escala: 1 centímetro, 13 milim.

del *City*, de 300 pies ingleses; si á éstos agregamos los 324 de la eslora del *Maine*, y suponemos que entre la proa del *City* y la posición central de su boya había una distancia horizontal, por ejemplo, de 50 pies, tendríamos que deducir, como consciente ó inconscientemente habrán hecho los americanos, que el desdichado crucero perecería en la disposición de amarras indicada en la figura 1.ª, esto es, con el ancla de su boya por la proa y á unos 60 pies de distancia.

Pues bien, todo esto es puramente fantás-

Figura 4.ª



Vista de costado

tico. Y es fantástico porque, aun cuando Mr. Sigbee, el comandante del *Maine*, creyó ver, poco después de amarrado su buque á la boya de que se trata, que ésta no se hallaba exactamente donde el plano indicaba,

ni él, ni los demás marinos americanos, ni los españoles tampoco, podían sospechar la importancia que llegaría á tener el conocimiento de la situación exacta de dicha boya, y por tanto no parece que ninguno se haya cuidado de procurarlo.

Ha de saberse, pues, que los últimos planos entonces publicados, cuando menos los españoles, tienen marcadas 6 boyas (amarras); y que, de estas seis boyas, la 2.ª y la 6.ª habían sido suprimidas, la 1.ª llevada 135 metros al Oeste, la 3.ª trasladada 95 metros al Este, tomando el número 2, y la 4.ª había tomado el número 3.

Todo esto han podido, ciertamente, saberlo y verlo después los americanos cuando se instalaron en la Habana; y ya sabían que la boya número 5 de los planos había tomado el número 4. Mas lo que no han podido ver es el lugar exacto en que esta boya estaba, porque el infortunado crucero, que se hallaba y pereció amarrado á ella, se la llevó consigo al fondo. Y nosotros hemos de hacer saber que, según consta en el plano que obra en poder nuestro, y que por lo visto es el único documento, en que esto consta, que se produce, y se produce ahora, en esta cuestión, dicha boya había sido removida en tal dirección y á tal distancia como para cambiar radicalmente la ya indicada composición de lugar que sin duda se hicieron los americanos para explicarse la catástrofe.

La realidad es, en efecto, muy diferente. La realidad es que la boya número 4 (la número 5 de los planos) que, como acabamos de decir, ya no estaba donde los planos hasta entonces publicados indicaban, distaba de la de los vapores de Ward, esto es, de la del *City of Washington*, mucho menos de los 195 metros (634 pies ingleses) antes dichos; esto es, que realmente nos hallamos en el caso de la figura 2.ª, es decir, el *Maine* tenía el ancla de su boya hacia popa y á una distancia de la proa que precisamente cae por la cuaderna 18 ó entre la 18 y la 27 en que la comisión americana y Mr. Converse, capitán de fragata, experto en estas cuestiones, han supuesto respectivamente que la explosión inicial hirió al buque.

La diferencia, técnica y jurídica, que esto implica es colosal. En lo técnico subvierte por completo la general apreciación ó interpretación de la clase de aparato explosivo á que se habría debido la explosión inicial al exterior; porque en el primer caso (figura 1.ª), aceptando por el momento la existencia de las supuestas defensas submarinas, la situación de una de ellas en P era verosímil; pero en el segundo, en el caso real (figura 2.ª), sería absurdo, é injusto aun para la más rudimentaria aptitud de un marino militar suponer que nadie con sentido común hubiese tendido defensa tal en las proximidades, en las inmediatas cercanías, encima mismo quizás del ancla de una boya de amarre. Y desde luego no podía haber sido puesta contra el *Maine*, porque estaba ó estaría dentro de su círculo interior de borneo, del círculo de borneo de su proa, esto es, donde sólo por notable excepción y corto tiempo podía ser cubierta por el buque.

Por tanto, lo que en la conclusión capital del informe americano se llama «mina submarina», cuya acepción general es «aparato para producir una explosión subacuática», debemos creer que significa, no lo que universalmente se ha creído, un aparato regular de guerra, sino otro de otra especie tal como, por ejemplo, una máquina de las llamadas infernales. Y no hay que decir que esto, en lo jurídico, disipa las probabilidades, siempre escasas aún en el caso de la supuesta defensa submarina, de culpabilidad española; porque pudiera algún insensato enemigo de los Estados Unidos haber deseado y procurado la destrucción del crucero americano; pero colocar un artefacto explosivo en sitio sobre el que, como tienen declarado los mismos jefes y oficiales del buque, éste no había estado nunca, no era cosa que había de satisfacer ni la conveniencia ni la extravagancia del más majadero de los españoles.

Por otra parte, examinense el dibujo de la figura 3.ª Es de uno de los trozos de cartuchos, visto por el culote ó base, que nosotros, los españoles, recogimos del fúnebre montón de tristes despojos, en que unas horas antes se había convertido en un decir «Jesús» el hasta entonces arrogante crucero americano. Vistas, entre otras cosas, las marcas que ostenta, y no vistas ni halladas las que, para ser del *Maine*, había de ostentar al tenor de la sección 3.731 de los estatutos americanos, pues las leyes y reglamentos de aquel país son muy severos y formalistas en cuanto atañe á la adquisición de efectos militares, no cabe duda de que ese pertrecho, que hizo explosión en la catástrofe, ó se hallaba subrepticamente a bordo del *Maine*, ignorándolo los americanos, ó formó parte de un aparato puesto al exterior, ya que al sitio en que fué hallado lo mismo pudo ir del interior que del exterior del buque. En el primer caso esa inte-

resante reliquia, que, sin contar con otras particularidades, sólo por lo espúrea era ya peligrosísima, habría producido no sólo la voladura del buque, sino la del aparato explosivo que pudiese haber al exterior; y si este aparato hubiese sido una de nuestras defensas submarinas, entonces nosotros, los españoles pasaríamos a ser los agraviados y damnificados. En el otro caso, dicha reliquia puede dar pista y hallazgo del causante o causantes, sin duda involuntarios, del siniestro y que no podían ser otros sino enemigos de España viva ó fuertemente interesados en provocar la guerra, pues ese pertrecho americano no estuvo ni pudo estar en manos de español antes de ser hallado, como hemos dicho, en el lugar de la catástrofe que todos hemos lamentado y lamentamos en el alma. Madrid á 15 de Marzo de 1909.—Firma.

EMILIO RUIZ DEL ARBOL
Madrid, 16 de Marzo de 1909.

Fanatismo á todo pasto

A propósito de frailes.
El *Globo* se ocupa otra vez de los viernes cuaresmales en la iglesia de Jesús, explotada por los capuchinos. Dice que el viernes, 5, visitaron ese zaquizamí, que no templo, más de 20.000 personas de todas clases y categorías, obreros inclusive. La cola enorme, aún mayor que en años anteriores. El fanatismo crece. Los frailes han hecho creer que visitando á ese Jesús de madera, ridículamente ataviado, se obtiene de Dios una de tres cosas que en la visita se le piden, si es viernes primero de mes, ó de cuaresma.

Tanta gente va, que hay que poner guardias. Por aquí, hasta los jesuitas quedan vendidos, pues no he visto yo tantos «autos» ni coches en la calle de la Flor, ni en la del Sordo, como ante esa iglesia mezquina y malsana de Jesús. Total, que los capuchinitos sacan de eso una renta de 1.000 pesetas diarias, y en los viernes primeros más del triple. ¡Lo que inventan los frailes! Más de cuarenta años sirvió el clero secular esa iglesia, en la cual se veneraba lo mismo que hoy ese Jesús de palo, que no es de suponer haya mejorado de condición. Tenía la efígie sus devotos, como los tienen otras, y nada más. Pero llegan los frailes ansiosos de dinero, propalan esa insigne mentira de las tres gracias pedidas y una alcanzada (un cálculo de probabilidades como otro cualquiera), y Madrid se despuebla para ir allí, no por religión, sino por egoísmo, á dejarse el dinero y hacer el caldo gordo á esos gandules far-santes.

Yo conozco más de cincuenta personas que han ido allí en primer viernes; han solicitado con fe tres cosas honestas y han conseguido... unas, quedarse como estaban; otras, que las pisotearan é insultaran; otras, que les quitaran el bolsillo, porque los ratas acuden también con mucha devoción... al dinero: imitan á los frailes. A éstos y á los randas, sí que les concede Dios ó el diablo, la única gracia que desean, la moneda.

No censura ya *El Globo* este escándalo, este síntoma del retroceso real y efectivo á los tiempos de la beata Clara y la monja de Corella; se explica el colega ese ansia de consuelos, esa esperanza en lo sobrenatural ignoto, especie de lotería del cielo, dada la miseria que padecemos en razón directa y progresiva de lo que el fraile se enriquece; pero bien se nota en sus frases una amargura muy honda.

Pues mire usted, compañero; todo eso se lo debemos á Sagasta, que fué quien nos llenó de frailes y quien decía: «No hay salida posible; con la restauración ó ejercer de clerical y frailluno, ó irse á casa.» Los liberales monárquicos no tuvieron agallas para lo último, que hubiera sido su salvación, y apenaron con lo primero, que ya les dominará mientras la restauración exista.

UN CLÉRIGO DE ESTA CORTE

Papeles viejos

LA FELICIDAD

A. J. R.

¡Inclito amigo! ¡Gran día mañana! Es el santo de la Superiora—y el de usted, y por muchos años con salud, alegría y abundancia de bienes,—y con tal motivo «tendremos» cató y panecillo largo para desayuno, rancho con carne y un chorizo para comida, y medio cuartillo de vino por barba, ó lo que «dé de sí» un orondo y magnífico tonel que esta tarde hizo su entrada triunfal en la Prisión.

Y vea usted con qué poco se contenta la misera gente que aquí se alberga—y para muchos no hay en el vocablo sino verdad estricta.—El correccional ha tenido noticia de lo que se prepara, algunos han visto el formidable tonel, y toda la cárcel se ha enterado, no obstante la clausura, y creo que

bastantes no cambian la noche de hoy ni el día de mañana por los de un potentado.

Con esto y con que el director se muestre pródigo en conceder comunicaciones extraordinarias, se alargue unos minutos la hora del paseo y entren los pequeñuelos á dar un beso á los suyos, la Cárcel habrá sido feliz tres días. Hoy por pensar en las alegrías de mañana, mañana por el estupendo extraordinario y sobre todo por la variación que él representa en la eterna monotonía, y pasado mañana por los recuerdos y comentarios.

Total, que con buena voluntad y un puñado de pesetas se ha dado un rayo de felicidad á 800 desgraciados.

Ya ha comenzado á manifestarse el júbilo en formas ruidosas y poco «reglamentarias». Hace poco el corneta nos regaló con una «retreta» fantástica y con un «silencio» lleno de floreos y primores, «mereciendo» los dos trozos musicales «el aplauso de la concurrencia». Nos encerraron—chapar en el caló de la casa—y aun así duró mucho tiempo el bullicio.

Pues ¿y los chicos?

Cuando, para solemnizar mi llegada Nakens les obsequió con una perra gorda por cabeza, cayeron en la cuenta de que estaba relativamente cercano el día de San José.

El «Abuelo» les prometió un obsequio, y habría usted de ver el sentimiento de algunos porque cumplía antes del 19 de Marzo. Creo que todos los que se hallaban en este caso habrían retrasado gustosos la hora de su libertad.

Y no es que Nakens prometiera el oro y el moro, no. Dijo que daría un real por individuo, diez céntimos en metálico y quince en cosas comestibles. ¡Siete pesetas y media mal contadas!

Una de estas buenas hermanas de la caridad ha regalado esta tarde á Nakens una imagen de San José, no para que reese ante ella, ni siquiera para que la conserve en sitio visible, sino simplemente como recuerdo de su paso por la Prisión, como ofrenda á un hombre de corazón... aunque impío.

—Yo no dejo de pedir á Dios por usted—le dijo.—Y lo mismo hacen mis buenas hermanas.

—Lo agradezco mucho, pero creo que pierden ustedes el tiempo. Si de tejas abajo con solo una condena no quieren indultarme, no quiero pensar cuán difícil será que me perdonen en el cielo. ¿Usted no sabe, hermana, que tengo sobre mí alma la friolera de cuarenta y siete excomuniones?

—Pero usted ve cómo la hermana este señor tan bueno!—dijo la hermana dirigiéndose á mí.

—No sé qué contestar á usted. ¡Ay, señora, tampoco ando yo muy bien de relaciones con el Altísimo.

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué lástima de hombres! Después, Nakens le dió el encargo de adquirir y de repartir las chucherías y las perras gordas á los pequeños, y como ella hablase de dictar á los chicos un mensaje de gracias por «la caridad» que todos habían de suscribir, el viejo se opuso.

—Nada de gracias. Deje á los muchachos, que no quiero que se degraden adulándose; ni esto es caridad, sino otra cosa, ni tal miseria merece gratitud.

Y riendo y sospecho que algo conmovida la hermana se separó de nosotros para ir á su obligación.

Lo dicho, felicidades, recuerdos, un beso á sus hermosas y alegres pequeñas y buen abrazo de su amigo,

J. J. MORATO

18 Marzo 1908.

El crimen de Juan Roperio

La Cárcel Modelo guarda en su seno á un gran criminal: hubo en su acción las agravantes de premeditación y alevosía; así la ley ha de ser severa é inflexible los juzgadores.

Figuráos que, antes de decidirse á la comisión del delito, el culpable meditó largo rato. Más de una hora estuvo rondando las puertas de una bien oliente hostería; la insistencia de aquel hombre demacrado y escuálido en mirar las viandas apetitosas de las vitrinas, debió llamar la atención del patrón; pero el curioso se alejaba, para tornar de nuevo á husmear y mirar el escaparate con ojos codiciosos. Al cabo de una hora se decidió: entró en el fondin y pidió un humilde guisado de dos reales.

Lo devoró con ansia, y una vez que sació su voraz apetito, con las lágrimas en los ojos confesó que no podía pagar el gasto y que sólo el hambre que le trituraba le había obligado á consumir el frugal refrigerio.

Indignóse el honrado hostelero, clamó al cielo por sus dos reales; acudieron los guardias y llevaron al juzgado de guardia al culpable del atroz atentado al sagrado derecho de propiedad.

Horas después, otro hombre, llamado no se sabe cómo, entró en un solar, se recostó contra unos maderos, y allí, incapaz de arrestos y rebeliones, se dejó morir de hambre, de pesadumbre y de frío.

¿Creeréis que la simpatías del cronista están desde luego de parte del anónimo? Os equivocáis: son para Roperio. No basta ser honrado: hay que ser activo; dejarse morir

de hambre, es merecerlo; rebelarse contra el aniquilamiento, es conquistar y merecer la vida.

Todo hombre tiene un inmanente derecho á lo estrictamente necesario. Fijémonos en que Roperio no consumió sino el manjar que halló más barato; ni una sola corteza de queso, ni una sola botella de vino. Se limitó á apaciguar el hambre. Magnaud le absolvería; sobrio y prudente como un espartano, no hizo el mal sino dentro de aquellos límites que le impuso la naturaleza implacable.

El, como los primitivos aborígenes, hubiera aprehendido en el monte una presa ó alcanzado el fruto de un árbol, pero los hombres han acotado montes y huertos; él hubiera trocado su trabajo por un trozo de pan, pero la civilización ha suplido los brazos con las máquinas; él hubiérase mostrado propicio á enajenarse esclavo, pero las leyes han suprimido la esclavitud, dejando en su lugar la miseria y el abandono. No tuvo sino escoger entre apoderarse del misero condumio ó morir; eligió lo primero y lesionó al hostelero en dos reales. Fué el suyo, en esta sociedad injusta y solapada, el robo más pequeño de aquel día.

Ha dicho Rousseau que un ejército de devotos sería una legión de seres inútiles, vendidos de antemano por la resignación y la flojedad. Una nación en que el pueblo se deja morir como el hombre del solar, no puede aspirar ni á la grandeza ni al ajeno respeto.

Pero un pueblo en que todos los hombres fueran tan sobrios, tan respetuosos con el ajeno bien, y al mismo tiempo tan decididos á reclamar su derecho á la vida como lo fué Roperio, conquistaría muy pronto el porvenir. Primero, la dignidad humana, que obliga á esperar al último trance; luego, lo estrictamente necesario para no sucumbir: después, dominando pasiones é instintos, que á tantos hacen siervos de lo superfluo, ni una migaja más.

ANTONIO ZOZAYA

¡LID SANGRIENTA!

Estaban ambos en la sacristía de Sartaguda: párroco y coadjutor.

Por algo que ignoro, pero que seguramente se relacionaría con céntimos ó faldas, comenzaron á soltarse pullitas acabando por darse de trompadas. El segundo rompió al primero las gafas que llevaba puestas lesionándole un ojo.

Los gritos que daban eran descomponales, tremendos. ¡Curas, y furiosos, y en sacristía! Pavura pone en el ánimo más valiente el representarse la escena.

Y una imagen del crucificado allí, delante de ellos, sangrando, con el costado abierto, las manos y los pies agujereados por duros clavos, la cabeza caída sobre el lado izquierdo y los ojos vidriados ya por la proximidad de la muerte.

¡Y ellos, sus dos representantes, prodigándose insultos, injuriándose, golpeándose, con las bocas llenas de espumarajos, los ojos inyectados por la ira, allí, delante de El, símbolo de la piedad, de la bondad, de la mansedumbre! Y el «¡te bebo la sangre!» y el «¡te como los higados!» y el «¡allá te va esa!» y el «¡quitate esa otra!» resonando en el templo elevado para rendir culto al que recomendó el perdón de las ofensas, al que dijo: «¡haz bien á los que te injurian y calumnian!»

Si la indignación hubiese podido sobrepoderarse en el Cristo á la bondad, de fijo que hubiera exclamado con honda tristeza al ver aquello: «¡Y que me dejase yo crucificar para esto!»

La intervención de los fieles evitó que la sangre corriera por la sacristía, aun cuando no pudo impedir que los ecos repitieran por las bóvedas del templo palabras de ira, de abominación, de muerte...

Alguien, creyendo decir una verdad indiscutible, ha dicho algo parecido á esto:

«¡Ah! Si el tiempo voraz derrumba y traga el fuerte roble y la robusta encina; si las montañas mueve y arruina, sorbe los mares y el volcán apaga...»

Mas ¡ay! el alguien que tal dijo no tuvo en cuenta que existen clérigos en el mundo, y que el odio clerical es infinito, inextinguible, y, dura, por lo menos, tres ó cuatro días más que la eternidad.

En la misa mayor del domingo siguiente, había aún tal rescoldo de rabia en los pechos de los dos héroes tonsurados, que estalló con fuerza incommensurable.

Cuando el párroco pedía humilde desde el altar mayor, donde celebraba el santo sacrificio de la misa perdón á sus feligreses por el escándalo en que había intervenido, el coadjutor, que se hallaba en el coro cantando la misa, comenzó á dar grandes voces, desmintiéndole, denostándole y amenazándole.

Y cual suelen dos gallos, cada uno encaramado en la altura, lanzarse retos de muerte en ¡quiquiriquís! estrepitosos, así aque-

llos dos presbíteros, sin respeto al lugar, a la ceremonia, á los fieles ni á Dios, lanzáronse cada quiquiriquí insultante, que hubieran avergonzado á dos rabaneras en pleno ejercicio de sus funciones.

El párroco, creyendo que el coadjutor callaría al oír la campanilla que resuena al alzar la hostia, la tocó con insistencia; pero como si no. Tales gritos daba, que hubieran apagado el son de la campana gorda de Toledo.

Por fin intervinieron en la sagrada pelea los fieles, y entonces la algarabía alcanzó proporciones terribles, se dió por terminado el santo sacrificio, y...

¡No puedo continuar!... ¡Mi lengua enmudece!... ¡Las fuerzas me abandonan!... ¡El aliento me falta!... ¡Les parece á ustedes que me desmaye?... La ocasión no puede ser más propicia... ¿Que sí? ¡Pues allá voy!...

(Cinco minutos de parada).

¡Ah!... ¿dónde estoy?... ¡Ah!... ¿Qué pasa por mí?... ¡Ah!... ¿De qué hablábamos?... ¡Ah, sí, ya caigo!... De la horrenda batalla librada por los curas de Sartaguda... ¡Horror! ¡Sostenedme, que desfallezco!...

¡De risa!

EMPACHO DE MORALIDAD

El domingo de Carnaval, estando yo en un estanco, entró un joven y pidió un sobre de carta.

—Los hay, le dijo el estancero, pero no podemos venderlos en domingo; ahí, á la vuelta, en una tienda de... (ya no me acuerdo de qué) se los venderán.

—¡Bah! ¿De modo que para esta casa es domingo y para esa tienda no? ¿Es ó no es malo y pecado el vender sobres en domingo? Porque si lo primero, no deberían estar á la venta en ninguna parte; si lo segundo, en todas. Usted, (al estancero), no deja de trabajar hoy porque no venda sobres; luego si trabaja, que es lo prohibido y contrario á la intención de la ley, tanto da que venda un artículo más como uno menos. ¿No es razonable esto, señor? (á mí); ¿ó estoy yo perturbado?

—Pues por lo mismo que es razonable, buen amigo, la ley no lo tiene en cuenta. No olvide que la hizo la Iglesia romana, cuyo prurito consiste en ir siempre y en todo contra la razón y el sentido común; así procede en sus doctrinas, en sus tradiciones, sus cánones, sus costumbres y disciplina, y en los consejos y dirección que da á los Estados lo bastante débiles é idiotas para dejarse guiar por ella.

—Dice usted muy bien. Lo más triste es que hombres que se dicen librepensadores, avanzados, republicanos, socialistas y filósofos, como ese señor Azcárate, á quien no puedo nombrar sin sentir deseos de hacer un desatino, se presten á servir á la Iglesia y á los jesuitas, y hasta parezcan competir en celo y en esmero casuístico y nimio con los mismos inquisidores. Miren que es gracioso ver á ese señor defendiendo como un teólogo de congregación vaticana: «los sastres, sí; los zapateros, no; los prenderos, sí, no, y qué se yo, según las circunstancias (secundum quid), y eso porque sí, porque lo digo sin razonarlo yo, la Inquisición de las Reformas Sociales hacia atrás... Le digo á usted que esto indigna, subleva y enciende la sangre; que lo hiciera un Nocedal ó un Maura, que tanto monta, vaya; pero esos señores krausistas (vulgo jesuitas del liberalismo falso), filósofos y sociólogos...»

—Verdad, verdad, querido; es indignante; no se concibe en este siglo.

—Y ahora tendré que ir por ahí en busca de un sobre, preguntando: «¿es aquí donde hay privilegio del Santo Oficio de las chinchorrias socio-inquisitoriales para vender hoy un sobre?» hasta que dé con un altar de alma de esos. ¡Tiene... bemoles! ¡Maldita sea hasta la primera papilla que les dieron á esos santones ridículos!

Salió bufando el joven, que por lo visto no carecía de cultura y buen sentido (una desdicha en tiempos de dominio de las señoras mogigatas), y yo salí por el lado opuesto haciendo muy amargas reflexiones.

¡Pobre España, pobre libertad, pobre Madrid en tiempo tan franco, tan alegre, tan libre que le envidiaban muchas capitales extranjeras! Yo le oí decir á un cantante italiano, que, retirado de la escena hacia 1873, se había establecido en esta corte:

—He corrido las tres cuartas partes del mundo, en ninguna ciudad he hallado la libertad práctica, la tolerancia no escrita en la ley, pero sagrada en las costumbres, la dulce benevolencia y el dejar hacer que he hallado en Madrid; por eso le tengo tanto cariño, que en él y no en mi tierra pienso acabar la vida.

No era la primera ni fué la última vez que oí hablar de ese modo á extranjeros y á españoles. Si muchos provincianos se establecían en la corte, era sólo por disfrutar la libertad que ella ofrecía. Yo no soy de Madrid, pero le amo entrañablemente, le considero como una verdadera patria chica y en él pienso morir también.

Pues todo ese antiguo encanto va desapareciendo á pasos de gigante por mano de la Iglesia, representada y servida por cuatro viejas gazmoñas y cuatro jesuitas que se imponen y dan el tono á los que gobiernan.

Morimos de indigestión de moral, imputada por quién? por ese clero y esos jesuitas embaucadores que viven aquí fuera de la ley, maestros del chanchullo y de la defraudación a los particulares y a la Hacienda; por esos señores moralistas de la Trasatlántica, la Vasco-Castellana, la Hispano-Americana, la Franco-Española, la Tabacalera, la Alcohólica, la Azucarera, la Metalúrgica ó siderúrgica, el estampillado, la escuadra y los pínos para postes; señores quyas amigas señala todo el mundo en la Castellana y cuyos vicios son un secreto á voces; cuyas avaricias y concupiscencias ultraimmorales cínicamente ostentadas, asquean á todo el mundo. De ahí nos viene tanta moral y así anda ello.

He leído la última novela de Blasco Ibáñez, mi buen amigo, y he notado en ella que, aparte la tesis del autor, lo primero trascendental de que se da cuenta el que sabe leer, es de que la moral romana no conduce más que á la barbarie; de que la civilización y la cultura son imposibles sin la libertad del que llama la Iglesia pecado. Allí donde imperase en absoluto la moral esa del Vaticano, faltando la libertad de la expansión de naturales instintos, más peligrosos cuanto más comprimidos, y dominando la hipocresía, la rutina, la nimiedad, las preocupaciones y la tiranía del fanatismo y del pasado, los hombres se matarían por la hembra, los pequeños serían esclavos, los grandes serían despotas endiosados, la mujer una bestia y una arpa, el hombre una fiera innoble y brutal.

Libertad santa, cuándo te volveremos á disfrutar! Qué día tan feliz aquel en que oigamos gritar á todo grito: «Muera el neísmo! Se acabó la tiranía del Vaticano! Abajo el Instituto de Reformas Sociales! Fuera chinchorrieras! Libertad y mucha! Abra su tienda y su casa el que quiera cuando le acomode; empecien y acaben las funciones de teatro cuando al público le convenga; vuelvan aquellos domingos con todas las tiendas abiertas y un movimiento, un regocijo encantador y típico; á divertirse, á gozar; ya no hay censuras de teatros, ni de periódicos, ni Marsales despotas, ni Mazzantinis chinchorrieros, insoportables...»

Pero esto no hay que esperar! mientras la restauración aliente. Vendrá Moret y respetará todos los atentados á la libertad hechos por Maura, y encima él realizará otros que le impondrán los eternos obstáculos, las damas devotas, los jesuitas, los obispos, los solidarios, los reaccionarios revestidos de socialismo. No, no hay que hacerse ilusiones: la libertad está condenada á muerte porque ya no tiene defensores, y la juventud educada á estilo de los luises no vive enamorada de ella: no le quedan más amadores que los viejos,

JOSÉ FERRÁNDIZ

Enseñanza practicada

Copio de *El Liberal*, de Bilbao:

«En una de las importantes fábricas de la Sociedad de Altos Hornos de Vizcaya se ha puesto en práctica un curioso y novísimo procedimiento para catequizar á los obreros á quienes se les supone ideas avanzadas y hacerles volver al camino que se considera conveniente.

El director de dicho Centro fabril, que tiene prohibida á sus obreros la lectura de periódicos democráticos, envía todas las semanas expediciones de cinco ó seis obreros á un convento de frailes de Durango.

Un listero va diciendo los nombres de los designados para cada expedición, y un empleado de la fábrica los acompaña á la estación, dejándolos facturados para Durango.

Los gados á su destino, los obreros son acogidos con grandes muestras de afecto por los padres catequistas, y en las espaciosas celdas del convento entretienen sus ocios de la mejor manera posible.

Suculentas comidas, rociadas cada una de ellas con un cuartillo de vino, son ofrecidas por los frailes á sus huéspedes, y éstos, en cambio, sufren la lectura de interminables latinajos y se ven obligados á confesarse y comulgar como compensación de su forzosa holganza. A los cuatro ó cinco días son reintegrados á la fábrica, donde les abonan los jornales.

La odiosa conducta de los caquetistas y la pasividad de los obreros son objeto de grandes comentarios.

Pues yo absuelvo á los catequistas. Son frailes, y los frailes no tienen obligación de rendir culto á las palabras dignidad y decencia como los seglares.

A los que condeno es á esos sinvergüenzas de obreros que se prestan al juego; aunque no debería extrañarme tampoco.

Les han enseñado que la cuestión social es solamente cuestión de estómago, y van donde se lo llenan.

Enseñanza útil

El Código es el libro de moda. Como «Las hazañas de Rocambole», se ha editado modestamente y se vende en las esquinas á treinta céntimos. Es una edición sencillita, manual, de consulta, fácil de adquirir y cómoda de llevar en los bolsillos. Sobre «Las

nazañas de Rocambole» posee la ventaja de que instruye á sus lectores en los misterios de las definiciones de los delitos y de las penalidades que corresponde á cada uno de los pecadillos que aún se consideran como ilegales. El Código, además, es un libro de entretenimiento, que, como preceptúa la fra-e horaciana, enseña deleitando. La sabiduría de su recetario posee toda la noble amplitud de las tesis enmarañadas de las novelas que hoy se escriben. Para los lectores imagineros, cada receta del Código puede ser un bello asunto de novela, con sus correspondientes conflictos, sus necesarias emociones y su preciso interés. De todo se halla un poco en las páginas del libro de Justicia. Y al través de su noble severidad, de la adusta experiencia que se derrama en cada uno de sus preceptos, hay una sonrisa amable, un gran consuelo para aquel que consulta sus sedudas fórmulas.

Aquella poesía amable que nos gusta ver en los robos, y aquel cuidado artístico, ingenioso y mañoso que nos hacen simpáticos á los hombres que matan, se alcanzan leyendo el Código. Con oficioso celo, en sus páginas están escritas todas las cosas que debe saber un ladrón ó un asesino y que no deben ignorarlas los que aspiran á serlo, para mayor fortuna en su cometido. Por 30 céntimos, que á la postre no enriquecen ni hacen pobre á nadie, cualquier hombre que posea aptitudes especiales para el latrocinio ó para emular las glorias de los más famosos asesinos, se entera de cómo puede atenuarse la penalidad en los delitos y qué cosas deben concurrir en ellos para que su definición se modifique blandamente. Un hombre, asiduo lector del Código, aleccionado por sus sabias enseñanzas, roba y mata con más limpieza, con más arte y con mayor comodidad que aquellos que confían á sus abogados toda la eventualidad de modificar los hechos conforme á su antojo. El conocedor del preceptuario de Justicia amolda sus aventuras á las fórmulas que les son más ventajosas, las rodea de los detalles que pueden favorecerlo, y las ennoblecce y poetiza con ideas y sentimientos ya clasificados por los jueces.

Estaba ya tan extendida la profesión de bandido y tenía tantos devotos la delincuencia, que era una lástima la ignorancia que se advertía en todo delito. El conocimiento del Código se reservaba sólo para los juri-consultos. La mayoría de los ladrones y asesinos fiaba al azar su ventura. Los latrocinios y los asesinatos se hacían al tñ tñ, á salga lo que saliere, sin estudio, sin un sabio aprendizaje que asegurara los buenos resultados de la empresa y la libertad é inocencia de los profesionales del robo y del crimen. Con la difusión que ahora se hace del Código, todo esto puede subsanarse y se subsanará probablemente, y los señores que viven fuera de la ley poseerán los conocimientos necesarios para armonizar su profesión con los dictados de la Justicia, y rodear sus hechos de aquellos detalles que poetizan y embellecen el robo y el asesinato y hacen simpáticos á los ladrones y asesinos. Y esto, al menos, le da cierta honradez y nobleza á los delitos y los hace perdonables.

GUSTAVO

Después de la vistilla de la causa instruida contra el brillante escritor D. Ramón Sánchez Díaz por supuesto delito de desobediencia al alcalde de Bilbao, se ha dictado auto de sobreseimiento libre, lo cual comprueba plenamente que no cometió delito alguno al desatender las órdenes del alcalde para que se personara ante él.

Se ve que rebuznó en balde Por esta vez ese alcalde.

Recuerdo oportuno

La Rebeldía, valiente semanario de Barcelona, recomienda á los federales de Sabadell que dieron por boca de Cruells las gracias á los carlistas por el apoyo que les prestaron en las últimas elecciones, la lectura del artículo siguiente:

La familia de Don Carlos

Ponderan mucho los carlistas la nobleza de la familia de Don Carlos. Según ellos, no ha habido príncipes ni más hidalgos ni de más religiosos sentimientos. Nosotros, por el contrario, los creemos los hombres más criminales del mundo.

Empezan por arrogarse deremos que no les ha dado ni Dios ni el pueblo. Sesenta y un años hace que pugnan por realizarlos, sin que el pueblo los haya reconocido nunca por sus reyes, ni Dios les haya otorgado la victoria en ninguna de sus largas luchas.

Fundándose en esos pretendidos derechos, no han vacilado en promover una tras otra guerras. Durante más de quince años han cubierto la nación de luto y sangre, patrocinando, cuando no perpetrando los más horrendos crímenes.

Han cometido, por dos veces, el delito de lesa patria: el año 1860 alzándose en San Carlos de la Rápita cuando teníamos comprometido en Africa el honor de nuestras armas; los años 1871 y 1872 levantándose en Cataluña y en las provincias vascas cuando arreciaba la insurrección en Cuba. En los sucesos de San Carlos de la Rápita

no pudieron llevar á más su villanía. Presos por nuestras tropas, renunciaron solemnemente á sus pretensiones á la Corona, temerosos de la muerte que les amenazaba; y poco después, fuera ya del alcance de los poderes de España, anularon su renuncia, prontos á encender aquí de nuevo la discordia y la guerra. No tuvieron el valor de seguir la suerte de su desdichado general Ortega, que murió, según dijo, víctima del silencio.

Del valor en la guerra dió claro testimonio en Oroquieta el actual pretendiente. Huyó trepando breñas y siguió las trochas de los contrabandistas, y no paró hasta haber ganado por los Alduides la frontera de Francia.

No hablamos aquí sino de los hechos públicos; de los escándalos de Carlos VII está llena Europa. ¿No parece imposible que en hombres tales pongan su esperanza gentes, al parecer, cultas? Para nosotros, son esos hombres veinte veces más criminales que los más furiosos anarquistas. Juntos los crímenes de los anarquistas, no han producido más víctimas que las ocasionadas en un solo día por tan funestos príncipes.

¿Si siquiera se hallasen esos perturbadores dotados de algún talento! Son notorias la nulidad del abuelo, la escasa inteligencia de los hijos, la torpeza del nieto, que ha viajado inútilmente por Europa y América. Que el nieto es torpe y nada ha aprendido en sus viajes, no lo decimos nosotros, lo dicen sus propios partidarios cuando saben que no pueden embaucar al que los escucha.

Insisten, sin embargo, en abrir otra guerra por elevarle al trono. ¿Es tampoco de hombres de conciencia y moralidad esta conducta? Cuando España muere, ir á buscar á un necio para que la salve! Nosotros le guiaremos, dicen, y no volverá en manera alguna la nación á los días del absolutismo. ¿Qué bandera es entonces la que pensáis enarbolar vosotros los tradicionalistas? Si la liberal, ¿qué el cambio? Si la antiliberal, ¿cómo no nos habéis de llevar al despotismo, á la unidad católica, á la muerte del pensamiento? La Iglesia podría más que vosotros y vuestro rey, y veríamos, mal que os pesase, reproducidas las sangrientas venganzas del año 24. Si ahora no pierde ocasión de ultrajar á los liberales, ¿qué no haría entonces?

Para que bajase España al fondo de su vergonzosa decadencia, no faltaría sino que D. Carlos se sentara en el trono. Afortunadamente está condenado al suplicio que inflige Dante á los que por la gula pecaron.

F. PÍ Y MARGALL

Si levantara el autor de ese artículo la cabeza, y viese á los suyos pactando con los carlistas á quien juzgó con esa imparcialidad y esa justicia, les prohibiría hasta que volvieran á pronunciar su nombre; que no hay interés particular, ni local que obligue á los hombres dignos á pactar con los asesinos de nuestros padres, con los causantes de la ruina de España...

El, que no transigía ni con la unión entre los republicanos sino para fines inmediatos y concretos, ¡con qué acentos de fiera indignación no condenaría esa unión con los carlistas!

Ha muerto á tiempo para no presenciar esta vergüenza. Verdad es que si hubiera vivido esa vergüenza no habría llegado.

El gobernador de Logroño ha prohibido toda clase de bailes mientras dure la Cuaresma. Dice que el baile es un placer infernal inventado para agravio de Dios y que de él proceden los mayores males que sufre la sociedad.

Por menos que eso se burló toda España del P. Claret. Y se sigue burlando.

Ese palo indirecto al *gachó del arpa* bíblica, David, que tocaba y bailaba como un descosido, antojásemelo poco respetuoso en un católico.

Para un degenerado

Así se titula un artículo que inserta en la primera columna mi querido colega *Tierra Gallega*. Empieza así:

«Hay en la Coruña un clérigo zafio y envidioso á quien en el Seminario bautizaron sus compañeros con los sobrenombres de *Elisita* y *Mari-Pepa* por cierta debilidad genésica que padece y que le hizo ser protagonista de muchas aventuras de la más brutal sicalipsis.»

Esto se pone grave... Estaba por no continuar... Pero como heredé de mi madre primera D.ª Eva el feo vicio de la curiosidad, prosigo leyendo:

«Un hombre degenerado fisiológica y moralmente, que vive en pública mancebía con una infeliz criada; un clérigo, en fin, á quien sus propios colegas miran con desprecio profundo porque con sus actos privados avergüenza la clase y deshonor el ministerio que ejerce.»

La cosa va tomando color, y mi rostro también; debo tenerlo ya como un tomate... Pero, en fin, puesto que no hay otro re-

medio, adelante. El mal camino andarlo pronto.

«Se ensucian nuestras columnas hablando de *Elisita* ó *Mari-Pepa*, ente despreciable por sus instintos de calumniador y sus actos de inmoralidad notoria, y por eso renunciamos á sacar á publicidad su vida de relajación, no sólo actual, sino allá en el Seminario, donde perdura su fama y se recuerdan escenas nocturnas de sicalipsis en sus aspectos más innobles.»

Voy sospechando que ese clérigo es... No me atrevo á decirlo. Uno de esos que recuerdan ciudades bíblicas... De esos que... Si yo fuera fraile no andaría con estos repulgos... Pues bien; uno de esos.

«A eso ser miserable y abyecto sólo puede castigarse con una puntera bien señalada ó un escupitajo en el rostro. Y por estos procedimientos, sin perjuicio de otros, están resueltos á enseñarlo aquellos á quienes envidia ese pillete, aun sabiéndose de memoria la bula *Si quis suadente Diabolo*, que no se hizo para granujas.»

¡Tableau!

Vas aviado, *Mari Pepa*. Quizás debiera usar en femenino el adjetivo para que concordase con el sustantivo. Pero como la aludida es clérigo...

Hasta la gramática sale mal parada al tratar de ciertas gentes.

RIOTINTO

Si llueve, se hunde el pueblo

¿Cuándo ocurrirá el desastre? Riotinto tiembla. Las casas se cuarteán. Un ingeniero honrado. ¡Si hubiese que sobornar á políticos!... Las expulsiones.

Lo que en Riotinto se espera es el hundimiento de la parte que aún queda en pie.

Nadie duda sobre esto. Nadie puede dudar. Después de la grieta que determinó el primer hundimiento han aparecido otras que surcan el suelo en varias direcciones.

¿Cuándo ocurrirá el nuevo desastre? No es fácil decirlo; probablemente cuando sobrevenga un período de pertinaces lluvias.

La gente presume que no podrá pasar de entonces. Tan habituado está á tal idea, que espera los sucesos resignadamente. No puede hacer otra cosa! Al hundirse las primeras casas, se indignó; los ingleses temieron las iras de la muchedumbre, y no escatimaron las promesas de reparar los daños. Las promesas quedaron en vanas palabras, y Riotinto sigue amenazado de próxima y total ruina.

Riotinto está colgado sobre un abismo y no cesa de trepidar. Durante el día, los trenes corren numerosos á su alrededor y los barrenos sacuden con gigantesco impulso los montones circundantes, comunicando sus sacudidas al pueblo. Y durante la noche, cuando todo es paz sobre la tierra y el morador cree poder dormir tranquilo, rumores subterráneos y estremecimientos de terremotos le desvelan. Es que la mina está debajo y en ella excavan centenares de hombres cobrizos, y las descargas de los barrenos eléctricos hacen temblar las calles, las casas y los lechos. Los ingleses huyeron después del primer hundimiento y reposan en Bella Vista, al otro lado de la Mesa, en la linda colonia que erigieron sobre un suelo sólido, donde no podrá llegar la catástrofe.

¿Qué les importa si los españoles quedan alguna noche sepultados? Después de todo, velar por ellos tenía que ser misión de las autoridades, y éstas siguen sordas. Y la ruina se hace cada día más inminente. Las casas que quedaron cuarteadas reparáronse con cemento para disfrazar las brechas, y siguiéronse habitando por orden de la Compañía ó por exigencias de la necesidad de vivir en alguna parte. Pero Riotinto retiembla y cruje de continuo; los remiendos de cemento han caído; las grietas de las casas están otra vez de manifiesto, y cada día se las ve alargarse, ensancharse, amenazar con el desplome y aplastar á los que por falta de sitio tienen que vivir en ellas.

Las heridas por el hundimiento no tienen ya reparo, y las intactas comienzan á cuartearse. Bastaría la trepidación de los barrenos para derribarlas lentamente á todas; pero llegarán las lluvias y la catástrofe será súbita.

Al pie de Riotinto hay una profunda sima abierta por las extracciones del mineral; en seguida ascienden intrépidos los montes tajados casi verticalmente. Cuando el período de las lluvias llegue, el agua bajará torrentosa por las «cortas», correrá por la sima, pasará á la contramina, que ya está ardiendo desde las lluvias y el derrumbe pasados, esponjará la tierra privándola de cohesión, y como los pisos carecen de las fuertes pilas de cobre que tuvieron antaño, sobrepondrá el último, definitivo é irreparable hundimiento.

Aunque previsto el anterior, la Compañía aún podría disculparse y el gobernador de Huelva admitir como buenas sus disculpas. ¿Cómo justificar ya lo que andando el tiempo ha de suceder? Ahora, ni los mismos ingenieros ingleses ocultan que los restos ingentes de Riotinto caerán muy pronto. Poco á poco van preparando los ánimos para el futuro hundimiento; pero, para calmar la zozobra creen que el terreno avisará tam-

bien. Primero se hundirá un piso, luego otro; las calles se deprimirán, se hundirán dulcemente; gemirán las casas; se abrirán las paredes... y, vestidas ó encueros, como los meses pasados, las gentes podrán huir á los montes próximos.

Pero, ¿será cierto que avisará la catástrofe, como dicen los que, huyendo de ella, se han establecido allende la Mesa, en paraje bien seguro? Los que en Ríotinto han de vivir piensan de otra manera, y los buenos creyentes procuran que Dios les coja confesados.

Hace tiempo que un ingeniero honrado propuso á la Compañía el desplazamiento de la población, reedificándola en lo alto de la Mesa; pero esta obra era muy costosa, y la Compañía, que no repara en gastos cuando ha de comprar la conciencia de políticos, de periodistas, de autoridades y de cuantos puedan causarle daño, no estima en nada la vida de los hombres, y siguió arrancando las ricas pilas de cobre, y dejó que medio Ríotinto se hundiera, y consiente ahora que el otro medio se hunda.

Y nadie protesta.

Casi toda la Prensa calla. Telegrafiar á los diarios de Madrid es un delito que cuesta la expulsión de la extensa zona minera. Uno que osó dirigir un telegrama á cierto periódico de Sevilla fué arrestrado por los «guardiñas» hasta la estación y embarcado en el primer tren. ¿Guay del que, viviendo en Ríotinto ó en sus contornos, donde quiera que esta desalmada Compañía ejerza imperio, osase protestar ó tomase la iniciativa para una defensa colectiva! El, sus padres y sus hijos, sus tíos y sus parientes más remotos, tendrían que abandonarlo todo y salir de la región inglesa en el plazo improrrogable de tres horas. En Cuba está, renegando de la glacial crueldad de estos extranjeros, el que, por no obedecer con puntualidad la orden de expulsión, fué castigado hasta en la familia de su novia.

Si los de afuera no protestan—todos los que protestaron de Montjuich y de Alcalá del Valle, —los de aquí nada podrán hacer, si no es aguardar resignadamente el momento en que Ríotinto acabe de hundirse.

M. CIGES APARICIO

ANDANDO POR MADRID

Tifus y agua.

Como si dijéramos vehículo y ocupante. Y no digo coche ni conductor, porque éste va donde quiere ir, mientras que el ocupante del carruaje va donde le llevan.

Del mismo modo que un magnífico coche de dos caballos puede ir ocupado por una meretriz ó un ladrón, del mismo modo en la transparente y cristalina agua de un vaso puede ir el terrible coli-bacilo que produce la enfermedad y la muerte.

¡Triste destino el de la humanidad, empujeada por la grandiosidad del sistema planetario (que al fin es grande, en el sentido recto de la palabra), y empujeada del mismo modo ante los infinitamente pequeños que pueblan la gota de agua!

El telescopio descubriendo nuevos mundos habitados y el microscopio descubriendo nuevas especies vivientes, ¿prestan auxilio al hombre? Si el uno os anuncia una conmoción sideral, tembláis; si el otro os anuncia un nuevo bacilo que mata y se transmite con sólo la irradiación del pensamiento, os anonadáis. Y, sin embargo, los que tiemblan ante el hecho no se preocupan de evitarlo. Se da importancia á la medicina que cura (después que hay enfermedad) y se desprecia á la higiene que trata de evitar las enfermedades. El que cae enfermo del tifus acude solícito al médico, le mira, le obedece y le paga. El que oye al higienista decir: «Abstente de tal cosa», se ríe. Es inútil que se fundamenten los consejos. Por el hecho de serlo y no cumplir sus tres condiciones, de pedidos, oportunos y sabios, se desprecian.

¡Labor ingrata la del periodista!... Predicar... predicar... y tener como únicos oyentes la pluma que traza y las cuartillas que admiten cuanto sobre ellas se coloca. La máquina se encarga de multiplicarlas, y cuando el periódico llega á manos del lector, mira el título, algunas veces la firma, y piensa para sí: «Higiene u... una lata...» y al esto con el papel; y la idea, el aviso, el consejo quedan enterrados antes de nacer.

Un escrito en que no hay pasión, alegría ó crimen no hay por qué leerlo. ¡Y hay tanto escrito útil que no contiene ninguna de las tres cosas!

Véase la muestra.

«A los médicos».

«Existen en Madrid fuentes cuyas aguas llamadas gordas proceden de minas abiertas en el terreno en las que se recogen las aguas, se llevan á una arqueta y después por tubería de hierro van á las fuentes.

Mientras los alrededores de Madrid estuvieron sin poblar, estas aguas eran excelentes; pero á medida que la población se ha ensanchado, han construido sobre las galerías casas, hoteles, lavaderos, etc., y lo que es aún peor, pozos negros. Baste decir que hay galerías de estos viajes en la zona ya urbanizada del ensanche, Prosperidad, Cuatro Caminos, etc., y que las galerías están por debajo del fondo de los pozos negros y que éstos no son impermeables.

El resultado puede preverse fácilmente.

Las aguas sucias atraviesan las capas del terreno y entran en las galerías de las limpias, mezclándose con ellas. ¿Qué ocurrirá al salir por las fuentes? Imposible de predecir. Lo infinitamente pequeño es ilegible. El hecho es que beberemos de esas aguas y se establecerá la lucha entre el microbio que ataca nuestra vida y el que la defiende. ¿Cuál vencerá?

En esta duda acudimos á la ciencia, que con ayuda del microscopio, nos dice que necesita ocho días para hacer cultivos y contestar después. Y en estos ocho días, ¿quién es capaz de determinar el flujo y reflujo del átomo viviente que mezclado con nuestra sangre cura ó mata? ¿Por qué leyes se rige su germinación? ¿Cuántos se necesitan para producir la muerte?

Para la germinación no hay fronteras; utiliza todos los medios y no se limita á las especies grandes. Con un picotazo de un ave se rompe el cascarón que trae á la vida un polluelo. Con el de un mosquito se lleva el carbunco á una persona. La germinación lenta de los seres grandes da vida á un ser. La germinación rápida de los infinitos pequeños se la quita. Hay en lo infinito pequeñas relaciones de prodigio.

Sabemos que el Laboratorio Municipal hace á diario cultivo de las aguas, sabemos que reputa de malas las de algunos de los antiguos viajes, y, sin embargo, se dan.

¿Qué inconveniente habría en que el Ayuntamiento clausurase los viajes dudosos echando por sus tuberías agua de Lozoya mientras se ponían en condiciones de garantía? Y si suprimido ese consumo de agua no se nota disminución alguna en el tifus, podría asegurarse que en nada influyen esas aguas; pero mientras no se haga la experiencia, ¿quién se atreve á asegurar que son buenas?

Y si algún profesional de la medicina ó la higiene conoce algún procedimiento rápido para determinar en seis ó ocho horas la existencia del coli bacilo del tifus en las aguas, haría un gran servicio á Madrid diciéndolo, porque los técnicos municipales se apresuraron á ponerlo en práctica colocando en las fuentes unos letreros semejantes á los de París, que dirían: EL ESTADO DE ESTE AGUA ES DUDOSO. — Junio 1907.

Por la copia,
JUAN PÉREZ

Han desaparecido varios libros de actas del Concejo del siglo xv, que se guardaban en el Archivo municipal de Santiago. En los libros desaparecidos constaba la protesta de Pedro Padrón, que precedió á la formación de las famosas Hermandades de Galicia, documento que representaba una importante suma.

Religiosos, pero ladrones.

Picaros ó mentecatos

Rebaños de obreros

Viene hace días afirmándose y negándose que los bizkaitarras y clericales patronos bilbaínos envían en manadas ó tandas á sus obreros á un cubil de jesuitas para que éstos los ceben, domestiquen y purifiquen.

De Bilbao telegrafian estas ampliaciones:

«Muchos establecimientos industriales de Vizcaya y Guipúzcoa, secundando la iniciativa de la fábrica propiedad de la Sociedad de Altos Hornos, envían sus obreros á Durango para convertirlos. Las expediciones, de á 25 obreros, llegan á Durango los sábados por la noche. Los patronos pagan el viaje y los jesuitas la manutención y el alojamiento; los jesuitas han repartido entre los patronos prospectos en que se señalan los turnos para los ejercicios espirituales en Durango, y se anuncia las ventajas que reportan, entre las cuales es la más importante la indulgencia plenaria.

Parece que los jesuitas de Durango, lejos de abrumar con excesivas prácticas piadosas á los obreros sometidos á catequización, los obsequian y los divierten y sin perjuicio de prometerles futuras dichas ultraterrenas, procuran hacerles un anticipo de felicidad profana en este bajo mundo.»

No censuramos á los patronos; menos aún á los jesuitas; unos y otros obran perfectamente si no ejercen coacción sobre los obreros. Las censuras las guardamos para esta gentuza que, ó es una pillería capaz de confesar y comulgar á cambio de unos días de buen comer y buen dormir, ó es una vil y degradada especie de siervos. En uno y en otro caso merecen el general desprecio, mayor si se burlan de los jesuitas y de la religión, como suelen hacer todos los «amarillos» de los Centros obreros católicos.

¿Y es todo eso lo conseguido por los socialistas en Bilbao? ¿Qué mayor prueba necesitan para convencerse de lo erróneo de su sistema educador? Los republicanos, con todos nuestros desaciertos, hemos educado mejor á las masas.

No hay en Bilbao ni en ninguna parte un obrero republicano que se preste como un borreguito á esa indigna farsa. Ni uno. Los obreros picaros ó mentecatos que se prestan á ese juego, ó son de los que han apartado los socialistas de la política republicana,

ó son de los que no han sabido educar, ó son de los suyos, si es verdad que en Bilbao tenían su más firme baluarte.

El País

Mercados y conventos

Todas las poblaciones de España se van levantando airadas contra esa bárbara ley del descanso clerical que el cacique de Mula y su *adláter* y digno secretario Puyol, el afortunado mortal de los siete sueldos, han llevado á extremos de intolerable violencia que producen la ruina de muchísimos pueblos de España.

Ahora, cansados de perseguir al comercio individual, la han emprendido con los mercados que por casualidad tienen que celebrarse en domingo, y por medio de las autoridades gubernativas están acabando con todos ellos.

En todas las naciones civilizadas la verdadera política económica tiende al aumento de los mercados, porque es elemental que el tráfico mercantil es un poderoso elemento de riqueza; pero los sociólogos clericales, y por tales analfabetos, no lo entienden así y no conocen más política que la que poco á poco va convirtiendo á España en un yermo donde reina, con soberanía de sepulturero, la Santa Madre Iglesia. «Lo principal (dicen esos piadosos varones) es salvar el alma; el cuerpo pecador no necesita sino cilicios y ayunos», (salvo cuando se trata de sociólogos que por pura mortificación cobran cinco mil duros de piadosos emolumentos).

«¿Qué daño puede hacer (dicen los labradores que todavía no han llegado á vislumbrar el Sinaí de la reforma social) qué daño pueden hacer esos mercados donde se compran y venden cosas honestas y virtuosas como aperos de labranza, ganados, zuecos, vestidos y otros artículos que en nada menoscaban los artículos de la fe?» Y proponen que el Sr. Puyol los visite aunque sea con un nuevo sueldo de visitador, para que se convenza de que vendedores y compradores van á misa y confiesan y comulgan y hasta sostienen conventos de dignos frailes que seguramente serán sociólogos de estos que ahora se estilan, tipo Mella, Aznar, López-Núñez, Bolaños y demás devotos del marqués de Comillas y de D. Gumersindo Azcárate.

Suprimir mercados y crear conventos... He ahí toda una fórmula de regeneración social, sabiamente preparada por el señor Puyol en dos años de pitanza ciervista. En vano clamarán los pueblos arruinados; y mejor será que callen, no sea que se cree otra canonía para el afortunado mortal que comparte con La Cierva la antipatía de la España liberal y trabajadora. Ya es bastante con las secretarías del Instituto de Reformas Sociales, Junta Superior de Emigración, Consejo de protección á la infancia, Caja de Ahorro y previsión... ¡en junto 25.000 pesetas!... para que esos clamores sean causa de que se cree otra secretaría de *Espolios de Mercados ó de Protección á los hermanos del haberito*, ó cosa así, con los mil duros del ala.

Conformémonos con que esas dos grandes lumbreras nos supriman los mercados; pero, ¡por Azcárate bendito!, no vayamos á dárles dinero encima.

LOS PURITANOS

Terminada el día 9 en el Ayuntamiento la revisión del censo socialista en el último escrutinio verificado para las elecciones de los vocales del Instituto de Reformas Sociales, se advirtió que de 6.351 votos resultaron falsos 3.794, emitidos por menores de edad, fallecidos, extranjeros, etc., por lo cual será declarada nula la elección del vocal D. Alfredo Achúcarro.

Esto leo sin gran sorpresa. Hace tiempo que los socialistas vienen contando sus fuerzas por el sistema de *pes de caballo*, y no reparando en medios para conseguir el triunfo, como hicieron cuando las últimas elecciones municipales en Madrid.

Sin embargo, no creía que se atrevieran á competir con los más acabados maestros en el arte de chanchullar. Pero no sólo compiten sino que los eclipsan.

¡Y muera la infame burguesía!

Injusticia que reparar

El médico de la Casa de Socorro del distrito de Buenavista-Congreso, D. Francisco Gil, que acudió al llamamiento de Carmen Soto, para que fuese á ver á un mendigo que ella había recogido por caridad dándole ropas y alimento, no ha sido aún ascendido ni recompensado en forma alguna. Por este camino se matan todos los estímulos que impulsan al funcionario público á traspassar el cumplimiento del deber.

Inmediatamente que recibió el aviso salió hacia el solar donde el mendigo estaba; llegó, lo reconoció, declaró que se moría de hambre; le preguntó por la cédula, y al ente-

rarse que no la tenía, ni le recetó ni lo mandó al hospital. El Reglamento se lo impedía. Y él, aunque sintiéndolo acaso, no quiso faltar al Reglamento. De allí á poco falleció del todo aquel guinapo humano sin cédula.

Al enterarse de lo ocurrido el juez, señor Vela, ordenó la inmediata comparecencia de aquel sacerdote de la ciencia médica, el que declaró que «acaso el mendigo se hubiera salvado aplicándole algunas inyecciones, pero que no se las aplicó, porque no iba él á ir cargado con el botiquín». El juez pasó las diligencias á la escribanía para que se depurasen las responsabilidades.

Y á pesar de esto, lo repito; el ayuntamiento no ha ascendido todavía á ese héroe del formulismo. Hágalo, no sea que los demás médicos vayan en adelante, faltando al Reglamento, á interesarse por los hambrientos, aunque no tengan cédula.

Y esto traería indudablemente el desquiciamiento social.

PONGAMONOS EN RAZÓN

Claro, ¿cómo ha de estar el clérigo! Rabiando. Me refiero al de Estorpiñan.

Le quitan las 500 pesetas anuales de la misa extraordinaria de los días festivos, le obligan á pagar consumos, los vecinos no pueden verle ni pintado... ¿Y quieren luego que sea amable, manso y caritativo? ¡Un demonio! ¡dirá él!

Por esto les armó aquel lío el día de la fiesta de San Macario y hace cinco ó seis años que no permite que suban á la torre de la iglesia á arreglar el reloj, aprovechándose de que los alcaldes de aquel pueblo no tienen lo que deberían tener.

Por lo tanto, aconsejo á los vecinos que no culpen á su párroco. Sabe que no hay en el pueblo autoridades que le vayan á la mano, y hace lo que se le antoja. ¿Quién no abusa cuando puede?

De la mayor parte de las faltas que los curas cometen no son ellos los responsables, sino quienes se las toleran.

He recibido un escrito de D. Antonio Belled, en que hace constar que él es el autor del artículo contra el Sr. Salillas á que yo me referí en el número anterior; y que su padre, D. Enrique Belled, 2.º jefe de la Cárcel Modelo, es ageno por completo á lo que él ha hecho bajo su exclusiva responsabilidad.

Lo complazco en sus deseos haciendo pública su declaración, y absteniéndome de todo comentario por hallarse el asunto *sub judice*.

¡Fariseos!

El clericalismo coruñés, en masa, prevaleciendo de la indiferencia con que siempre lo han mirado los elementos democráticos, está echando los pies fuera de las alforjas.

No le queda el dictorio de la moza de partido con menos rebozo, ni la calumnia amplia y esplendorosa—católica, apostólica y romana—ni nada de lo que es peculiar de las gentes que menos tienen que perder en este mundo pecador.

Ayer, toda esa tropa de fanáticos, mujeres desocupadas y huéspedes de su hogar, fracasados, vividores, aristócratas arruinados, cuacos, sujetos ansiosos de notoriedad y envidiosos de la que otros adquieren legítimamente y nadie les regatea, se movilizó é hizo una amplia gestión en varios centros oficiales contra nuestro periódico y singularmente contra su director. Y es de justicia declarar que han hallado eco sus aspiraciones y que se avecina una recia tormenta.

Pues bien. Brevemente, con la serenidad que nos da el concepto de nuestra misión, de nuestra fortaleza y la seguridad de sobreponernos á esa ola compacta de pasiones—de malas pasiones—desatadas contra nosotros, hacemos público que esperamos el embate á pié firme; que somos inmovibles como la roca y que estamos enamorados de la lucha.

No tememos á la cohorte clerical y reaccionaria. Vengan en buena hora, que mientras tengamos una pluma en la mano podemos asegurar (modestamente y sin ridículas y trasnochadas jactancias de que somos muy enemigos) que aún no ha nacido la beata andariega, ni el cleriguillo procaz, ni el santurrón averiado que nos meta para adentro, hagan como quieran.

Y tomen buena nota de esta declaración.

Tierra Gallega

MUESTRAS DE MI ESTILO

por

José Nakens

Precio: 3 pesetas - 2,25 á los suscriptores

Las Compañías de Ferrocarriles

VII

CENTENARES DE MILLONES DE PESETAS DE FRAUDADOS A LA HACIENDA PÚBLICA.—CONCLUSIONES FINALES.

Las tribus israelitas acampadas en París, no contentas con los innumerables fraudes que les pone de manifiesto el Sr. Martínez, han cometido los siguientes en perjuicio de la Hacienda pública.

De la franquicia de aduanas abusaron, según dejó dicho, en dos conceptos: uno introduciendo mayor cantidad de material, que la que figuraba en las relaciones que se les aprobaron por el Gobierno y otro introduciendo, en grandes cantidades, muchos artículos y efectos, que ni por la ley general de ferrocarriles, ni por ninguna otra disposición, estaban exentos de sus correspondientes derechos de aduana.

La liquidación de que por esos dos conceptos adeudan a la Hacienda, debió hacerse hace treinta y seis años: sin embargo, no se ha hecho ni lleva trazas de hacerse.

Los gastos de inspección y vigilancia del Gobierno, que son de cuenta de las Compañías, estuvieron sin pagarlos durante varios años, y cuando se advirtió el descuido de la Administración, pagaron desde aquella fecha en adelante, pero los años debidos, ni han querido pagarlos ni los ministros de Hacienda exigirles el pago con multas y apremios.

Por contribución industrial sobre las utilidades tienen pendientes de pago 58 millones de pesetas desde 1899 en que fueron denunciadas las Compañías del Norte, del Mediodía y de los ferrocarriles Andaluces, sin que haya ministro que las obligue al pago, ni lo habrá hasta que cese la actual situación de España y «no haya funcionarios altos, medios ni bajos que abandonen la defensa de los derechos e intereses de la nación, que les paga, para servir a los judíos extranjeros».

«Entonces se hará una liquidación general, escrupulosa y completa de las defraudaciones cometidas por las Compañías ferroviarias durante el tiempo en que las leyes y reglamentos de Hacienda han sido letra muerta para ellas; y, seguramente, lo que deban pagar por cuotas no satisfechas y multas, pasará de cien millones de pesetas.»

Las conclusiones finales con que termina el folleto son muy breves y terminantes, y me parece mejor que extraxerlas reproducirlas a continuación:

«Dejando a un lado, por ociosa y contraproducente, toda discusión acerca de si la situación a que hemos llegado es consecuencia de la ignorancia, la incapacidad y el abandono de los gobiernos solamente, ó si alcanza también al país gran parte de la responsabilidad, lo cierto y evidente es, que sin resolver antes el problema ferroviario y sin las reivindicaciones que esa resolución lleva consigo, no hay solución para nuestro problema económico-financiero, político-social.»

«Debe, pues, ser rechazado, sin examen ni discusión, todo presupuesto del Estado que no se base en las consecuencias de dicha resolución.»

«La opinión pública de hoy, no es la de hace cincuenta años y ya no es posible que unos cuantos políticos insensatos, charlatanes ó traidores hagan lo que quieran con la nación.»

«Los ferrocarriles, que tan caros nos han costado, han de ser nuestros y no de quien por medios tan reprobados y criminales se han apoderado de ellos y los retienen en su poder hace medio siglo.»

«Cuanto se nos ha quitado con engaños, falsedades y fraudes, ha de sernos restituido, con los intereses, daños y perjuicios correspondientes.»

«Con estas reivindicaciones acabarán para siempre los presupuestos de la superchería y del hambre, los recargos en las contribuciones é impuestos, y los descuentos en la renta, en los pagos, en los sueldos, retiros, jubilaciones y pensiones; y cuanto está por hacer, para que podamos entrar en el camino de nuestra regeneración y engrandecimiento, podrá hacerse y aún sobrará dinero.»

«Tenemos que decidimos, sin perder un instante, por uno de los extremos de esta disyuntiva.» «O con España y contra los judíos, ó con los judíos y contra España.»

Al terminar el extracto del folleto tengo que hacer algunas aclaraciones.

Este dilema final, en que el Sr. Martínez resume y condensa todas las conclusiones, todos los cargos y todas las acusaciones resultantes de su trabajo, ni va contra la raza hebrea, en general, ni menos ha influido en su ánimo, mucho ni poco, la cuestión religiosa para formularlo.

Su denuncia, sus cargos y sus acusaciones van deliberada y directamente, contra la *Etna israelita de París*; de manera que aun en el supuesto de que en Londres, Berlín ó Viena, existan agrupaciones de banqueros judíos, como las que en París tienen la exclusiva y el monopolio de las operaciones bancarias y bursátiles sobre valores públicos y ferroviarios españoles, ni indiliberada ni directamente, ni de ningún modo, se hace a ellas alusión ni referencia en el folleto.

Y van sola y únicamente contra la banca israelita de París, porque es la que aparece responsable de los delitos de falsedad, fraude y estafa, denunciados por el Sr. Martínez, con una claridad, con una plenitud de pruebas y un valor dignos de admiración y aplauso, en unos tiempos como los presentes en los que, en España y fuera de España, por haberse afeminado tanto los hombres, han tenido que masculinizarse las mujeres, para que no deje de oler la casa el hombre.

Respecto a la frase *Presupuestos de la superchería y del hambre*, con que el Sr. Martínez indica los que vienen rigiendo hace diez años, es la que da idea más clara y exacta de ellos, pues sin haber aumentado un céntimo la producción y la riqueza, sino que, al contrario, habiéndose en esa década todo el producto líquido de nuestros ferrocarriles, que habrá importado unos dos MIL MILLONES DE PESETAS, lo que supone una pérdida igual para la nación, los gastos, en vez de disminuir en igual proporción, han aumentado en más de cien millones de pesetas, y por consiguiente los recargos en los sueldos, contribuciones é impuestos, han ido y continúan en progresión creciente, hasta que llegue un día en que no se pague a nadie un céntimo; y entonces los hacendistas á lo Fernández-Villaverde y González-Besada habrán llegado al colmo, al *desideratum* de su estúpido y patricida sistema reprobatorio, que consiste en matar la producción, el trabajo, la industria y el comercio á fuerza de recargos en la tributación y creando nuevos impuestos y socialinas; pagar lo menos posible hasta que llegue el día de no pagar nada y presentar como *superavit* la suma de todo lo que se ha dejado de pagar. ¿Llegará ese día?

Si el pueblo no toma cartas en el asunto, pronto, muy pronto, dentro de las vías legales, pero con muchísima energía y muchísimo tesón; sí; pues ya sabemos todos que de los poderes públicos y de los santones y santoncitos políticos, como dijo el inolvidable D. José María Orense en una reunión pública, no podemos ni debemos esperar nada; y no se extrañe que repita yo esto tantas veces, porque veo que aún hay muchos inocentes que no están desengañados.

He ahí por qué el Sr. Martínez en su folleto llama *Presupuestos de la superchería y del hambre* á todos los confectionados desde aquel de Villaverde, forzado, violento y brutal, que no debió durar más que el tiempo puramente preciso para restaurar la producción y acabar con los fraudes, estafas, momios, subvenciones, etc., ferroviarios, trasatlánticos y demás.

Aquel presupuesto era de abnegación y sacrificio para todos, por un tiempo que debió limitarse todo lo posible; convertido en sistema permanente y entregada la nación á la voracidad de judíos y judaizantes, jesuitas y jesuitas, caciques y caciquillos, ¿qué había de suceder? Lo que ha sucedido y está sucediendo; que sólo tendrá fin cuando todos los que odiamos y aborrecemos á esa gentuza secundemos al Sr. Martínez en su campaña.

PENITENCIAS DECENTES

Describiendo Julio Camba en *La Correspondencia de España* la fiesta religiosa celebrada por los persas en Constantinopla, dice:

«La fiesta de los persas de Turquía se celebra en la plaza de Varidé Haw, en pleno Stambul. Allí se constituye, en cuanto cae el sol, la sombría comitiva de los mártires espontáneos. Delante avanza un caballo, engaldrapado de negro. Detrás van los persas, desnudos de cintura arriba, marchando á la luz de las fúnebres antorchas y entre una algarabía macabra que se compone de alaridos, de oraciones y de gritos de guerra. En esa algarabía hay voces de condenación para los creyentes; hay palabras de odio y palabras de piedad; hay dolor, hay rabia, hay desfallecimiento, hay desesperación.»

Y, en medio de este ruido, los persas dan vuelta á la plaza golpeándose la espalda y el pecho con enormes haces de cadenas. Cuando han dado una vuelta completa, la sangre los inunda. Muchos se caen al suelo, desmayados, y son conducidos á los hospitales en donde, algunas veces, les aguarda la muerte. Los otros se marchan á pie y pasan al lado de los espectadores con la sangre, aún caliente, sobre sus pechos exaltados. Frecuentemente, en el blanco vestido de la inglesa viajera pone el bárbaro la mancha de su sangre fanática. ¡Es un buen recuerdo de viaje! ¡Sangre de martirio y de fe, perfectamente auténtica!

Algunos fanáticos moribundos, quieren seguir martirizándose hasta caer muertos. Pero otros fanáticos les disputan el turno. Ahora viene otra comitiva. Tras el caballo de gualdrapa negra, marchan los persas, cubiertos de túnicas blancas. No llevan haces de cadenas. Llevan alfanjes. Alfanjes y cimitarras y yataganes. Hojas corvas, recias y afiladas, que no tardan en teñirse de sangre. Los bárbaros se van dando pequeños golpes sobre las cabezas rasuradas, en donde, á la luz de las antorchas, se ve humear la sangre en el aire frío de la noche de Enero. Las túnicas se salpican de flores rojas. La gritería responde á una siniestra embriaguez de sangre y de fanatismo.

El espectáculo es tan deprimente, se rebaja tanto en él la dignidad humana, que

toda persona un poco civilizada debe ponerse inmediatamente enferma. Todas las mujeres se desmayan, dando muestras de una gran dignidad.»

Después de leer eso se advierte mejor las ventajas que la religión mahometana tiene sobre la católica; no siendo la menor esta de que los creyentes se apliquen penitencias decentes por sus pecados.

¡Cuánto diera yo por ver desfilar por la Puerta del Sol las Comunidades religiosas de Madrid en la forma descrita en ese artículo; golpeándose é hirriéndose sus individuos con el fervor religioso de los persas! Estarían sin comer ni dormir los seis ó siete días que durara el desfile, y hasta ayudaría á conducir en camillas al hospital á los frailes que fueran cayendo.

Mas ¡ay! no lo veré. Los creyentes del catolicismo tratan con mucho mimo su carne pecadora. A lo más, se la mortifican con el tercero y el quinto pecado capital, lo que les produce todo el efecto contrario á un dolor.

Es triste esto de que hasta en las penitencias resulte la única religión verdadera por bajo de las falsas.

Salvajismo explicable

La Unión Mercantil, de Málaga, censura en un artículo muy enérgico los frecuentes casos de salvajismo que se dan en varias provincias andaluzas, y llama la atención de los gobernantes sobre esta incivildad para que eduquen al pueblo.

No pasa día sin que se cometa algún hecho vandálico—dice el colega,—más propio de esos adueros de África donde se hace vida primitiva; la luz del progreso no penetra en ellas, no porque sus moradores sean incapaces de percibir sus benditos rayos, sino porque los que debieran difundirlos no se preocupan de la más noble tarea que puede ejercer el hombre: abrir los ojos á sus semejantes é inculcar en ellos principios de razón, de equidad y de justicia.

En los poblados y campiñas á que La Unión Mercantil se refiere, se hace una guerra feroz á todo cuanto significa urbanidad y progreso. Se apedrea á las personas decentemente vestidas, á los trenes y automóviles, no por el daño que puedan causarles estos últimos vehículos, sino porque representan un adelanto más, tan opuesto á su condición rutinaria, como la del perro á la de las águilas caudales.

No se cansé el colega en pedir iniciativas educadoras al Estado y sus representantes de oficio; harto tienen que hacer protegiendo á Comillas, fomentando toda clase de monopolios y velando por los intereses de los grandes terratenientes andaluces.

El pueblo les sirve de pedestal, y cuanto más duro, mejor; por eso le petrifican en su ignorancia y le apisonan en su miseria; de las cuales, si se levantara, podría surgir un terremoto social que diera al traste con el dominio y los dominadores.

La Unión Mercantil sabe, pues lo ha manifestado en otros artículos, que los obreros andaluces en general, y particularmente los de Málaga, no pueden consagrarse al ahorro ni siquiera satisfacer sus necesidades más estrictas. Esa miseria material y la otra, la moral, que tiene antiguo origen y raigambre abonada en los terrenos del fanatismo, son las que mantienen á la región andaluza en actitud hostil contra lo nuevo, contra lo mejor, contra lo que avanza y asciende.

Mientras ese espléndido país meridional se llame y merezca ser llamado tierra de María Santísima, presentará caracteres de salvajismo como los que denuncia La Unión. Hay que desafrikanizar á España, raer de su corteza y extirpar de más hondo la podre que esteriliza y consume las buenas simientes de neta raza española. Los Austrias, las comunidades extranjeras, la influencia romana que avivó el fuego de la Inquisición, no han permitido manifestarse libremente al pueblo. Ahí come resignadamente su gazpacho, suda para el moderno señor feudal, canta sus saetas en las procesiones en pos de las opulentas imágenes de aterciopelados mantos vestidas; y para resarcirse de los daños ajenos á su miseria condición, apedrea á la vida, que pasa triunfante, avasalladora, en dirección de un término aún desconocido, pero donde seguramente no habrá lapidadores serviles que amontonen guijarros en la única senda abierta á su libertad.

PAGO ADELANTADO

Falleció en Soñeiro (Coruña) la vecina Josefa Blas.

Sus parientes ajustaron con el cura en 25 duros la obra de misericordia de enterrarla y celebrar los funerales; pero como no se los entregaron en el acto, se llamó andana.

Enterado el alcalde fué á verle, le suplicó primero y le exigió después que enterrase el cadáver. Todo en vano. No iba á ser un cura menos que el ciego aquel que cantaba:

Si quieres que el ciego cante, vaya la paga delante.

Además, ¿no se cobra por adelantado

para entrar en todo espectáculo público, hasta en la casa de fieras? Y las hetairas ¿no exigen el pago antes de la labor, para evitar que les den mico?

Al día siguiente dirigió el ministro de Dios á los fieles su palabra durante el ofertorio de la misa y les dijo que él era el amo en el pueblo y que enterraría á la difunta cuando le petase.

Y efectivamente, no la enterró hasta las sesenta y dos horas, cuando ya había estrado en descomposición.

Si el alcalde hubiera sabido serlo, no habría estado tantas horas. Pero aquí se han perdido todas las buenas tradiciones.

Hasta la de aquel infeliz rey tan calumniado, D. Pedro I, que diz que mandó enterrar vivo al arcediano de San Gil, con el cadáver que se negaba á enterrar.

No se toca un punto en que no se pateniza nuestra decadencia.

En buena moral cristiana, no debe exponerse jamás la existencia. No nos pertenece.

Y, sin embargo, mojan los católicos los dedos en el agua bendita de las pilas de las iglesias, donde pueden adquirirse y se adquieren el tifus, la tisis, la sífilis, etc. La ciencia ha comprobado que en el agua bendita se encuentran los bacilos de Koch, de Eberth de Klebs-Löffler. Y pregunto:

Si el agua bendita sirve hasta para esparitar los demonios, ¿por qué no espanta los bacilos?

Y no pudiéndome dar respuesta satisfactoria, atribuyo el hecho á milagro.

Y me quedo tan tranquilo.

La enseñanza racional

LEMA.—La enseñanza racional es hoy la única vacuna capaz de prevenir al hombre contra la infección tuberculosa.

TOMAS NAVARRO MINGOTE

La idea de este pequeño trabajo fué probada por un catedrático de la Universidad Central (el Sr. Simonena) basándose en *aquello* de «la fatalidad humana», y en que ya disponíamos de otros medios más eficaces que la enseñanza racional para cortar la tuberculosis (sería para los que disponen de cuchara en la orgía de la vida) y por un señor abogado (el Sr. Builla, hijo) que nos dijo que la verdadera caridad se enseña en el catecismo. Como es naturalísimo fueron desechadas las conclusiones de mi publicación por los 12 ó 15 pensadores... que la oyeron.

Queridos asociados:

En la circular dirigida por la comisión organizadora de este Congreso al Cuerpo médico, se expresa de modo terminante, que sólo el amor á la ciencia y á la humanidad ha sido la causa eficiente de la actual Junta encargada de estudiar el problema pavoroso de la tuberculosis en España.

Por ese sentimiento que redime y dignifica, os habéis congregado hombres cultísimos, para convertir vuestras síntesis mentales en medios aplicables á la defensa de nuestros semejantes frente al bacilo de Koch.

No obstante, vuestras deducciones teóricas y prácticas, fruto de conienzudos trabajos positivos de laboratorio y clínica, sólo beneficiarán á una pequeñísima minoría, á los privilegiados, á los que disponen de asiento en el banquete maltusiano; ellos se llevarán casi toda vuestra labor.

A la mayoría inmensa, á los que nacieron pobres y viven aún sin medios para satisfacer sus más perentorias necesidades físicas, sólo llegará alguna migaja dada en nombre de un sentimiento hermosísimo, mal entendido por los que nadan en la abundancia.

Vosotros, obreros intelectuales, veréis marchar vuestro producto científico por el mismo riel que corrieron otros productos exactos, agrícolas, industriales, artísticos etc.; y al contemplar truncado el bello ideal de amor que os animó al trabajo, de nada valdrá que supliquéis cariñosos un poco de equidad en el reparto del fruto de vuestro estudio. Los que no disponen de asiento en el banquete de la vida, seguirán pagando casi el mismo tributo á la miseria y al bacilo de Koch...

¿Cuál es la causa de tal proceder anómalo entre los individuos que integran la gran familia humana y qué terapéutica conviene?

Enlacemos ideas adquiridas de la noción experimental de la mecánica, las teorías de Laplace, Lamarck y Darwin, de la Paleontología, Anatomía comparada y Embiología; recordemos por tanto que la herencia forma los seres y el medio ambiente hace y desarrolla la vida, y al apreciar la discordancia que existe entre los principios científicos y la función social de la mayoría de los hombres, vislumbremos la causa que buscamos.

Recordemos también la actual noción anatomo-fisiológica del cerebro, bien expresada por el sabio maestro Dr. Santiago Ramón Cajal, y concebiremos con poco esfuerzo la explicación racional de ese modo de vivir que esteriliza á la Humanidad. Oíd

como manifiesta su bella doctrina de hoy el culto histológico: (1).

«Supuestas condiciones adecuadas de madurez y de cultura, un cerebro será excelente y pensará y obrará rectamente, cuando las fibras de asociación más robustas y directas junten precisamente aquellas esferas conmemorativas, primitivas y secundarias, cuyas imágenes corresponden a fenómenos solidarios del mundo exterior, es decir, a datos objetivos ligados entre sí por relaciones de causalidad física, de concomitancia e inherencia. Al contrario, disputaremos por imperfecto todo cerebro cuyas esferas conmemorativas posean neuronas incorrecta ó precariamente asociadas, donde cada provincia cortical venga á ser así como un cantón autónomo, cuyas imágenes difícilmente evocadas por las corrientes de otros cantones, se presten poco y de mal grado á la elaboración de nociones complejas y síntesis ideales. Por consecuencia de tan deficiente organización de los caminos cerebrales, no sólo se hará tardía y difícilmente el tránsito de una á otra representación, sino que, habida cuenta del carácter aberrante e ilógico de las asociaciones anatómicas establecidas, la realidad exterior será infielmente reflejada, dándose por legítimas y positivas relaciones del mundo objetivo, los resultados dinámicos y meramente personales de la estrafalaria ligazón creada entre grupos heterodinámicos de neuronas conmemorativas.

A lo cual conviene añadir todavía, que la asociación interneural, no obstante su carácter hereditario, es susceptible de ser influida y perturbada durante la edad juvenil por la educación y el hábito; ocurriendo con frecuencia que un cerebro capaz de alcanzar exquisita organización se transforma en órgano mediocre á causa de que la citada influencia por compensación del desarrollo forzado de ciertas vías, suspende ó modera el crecimiento de los conductores destinados á las asociaciones lógicas. ¡Cuántos errores religiosos, científicos y filosóficos reconocen por condición principal la creación mediante una educación eminentemente sugestiva y memorista de conexiones cerebrales aberrantes y antinaturales! ¡Cuántas verdades parecen incomprensibles ó nos repugnan invenciblemente, porque el razonamiento en que se fundan no tiene en el cerebro cauce preformado! ¡Qué de veces creemos deliberar y escoger lo más probable, cuando en realidad no hacemos sino marchar en la dirección de la menor resistencia, cursando rutinariamente las anchas vías nerviosas trazadas en la edad pueril por la labor convergente de padres, amigos y maestros! Es triste ver cómo esos infelices forjados del cerebro, amarrados á la rutina por las sutiles trabas de la fibra nerviosa—cadena más eficaz que la del penado porque la lleva el alma sin sentirla,—toman ingenuamente la fe por razonamiento, la bondad por talento y la virtud y el heroísmo por el genio científico ó filosófico.

Afirmemos, pues, que la incultura, la falta de conocimientos exactos, es la causa esencial de nuestras enfermedades sociales: el privilegio y la pobreza; de ellas dimanar las privaciones, la alimentación insuficiente, el exceso de trabajo, la estancia en aire confinado, los desórdenes de toda clase, el alcoholismo (y por tanto sus efectos inmediatos, la miseria corporal y cerebral), factores todos poderosos que disponen el organismo en condiciones adecuadas á la formación y evolución del bacilo de Koch, de ese germen, que sin ser nunca causa eficiente de la enfermedad que provoca, siega hoy en flor miles de existencias queridísimas.

Al expresar aquí las antedichas afirmaciones, bien conocidas por vosotros, no me ha animado el rencor, sentimiento que lleva consigo idea de castigo; tal sentimiento sólo puede germinar en cerebros perturbados por herencia ó por ideas nacidas de instituciones formadas en tiempos prehistóricos, para mantener la explotación del hombre por el hombre. Sólo me ha impulsado la misma forma de energía que dió vida á este Congreso, el amor á la verdad y á los hombres.

En nombre de ese sentimiento de purísima belleza, pido á vosotros que se haga constar: 1.º Que la incultura es la causa esencial de los principales factores que predisponen el organismo á la infección tuberculosa. 2.º Que con educación, instrucción y enseñanza puramente científica, disponemos de medida tan importante como puede serla el suero antituberculoso que se descubra mañana. Y 3.º Que reconocidas por nosotros las dos fuentes de prejuicios que, atiborrando el cerebro, trastornan la psique, seamos sólo los obreros intelectuales los encargados de formar centros de cultura para niños y adultos donde se enseñen exclusivamente los principios fundamentales de la ciencia y sus naturales deducciones teóricas y prácticas aplicables á la vida individual y social. Ante la imprescindible necesidad de tener que vivir nosotros, para realizar con fruto la labor de vulgarización científica, libres de la protección de individuos que integran agrupaciones basadas en principios que no guardan concordancia con las leyes naturales, no debe sobrecegaros la idea del número. Recordad que es axioma de mecánica, que la cantidad de

energía de movimiento depende del semiproducto de la masa por el cuadrado de la velocidad, y concebiréis lo fácil que habrá de ser para nosotros multiplicar el esfuerzo que realicemos y verlo transformado poco á poco en vida intelectual, remedio específico, profiláctico y curativo de las enfermedades sociales que conocemos todos como causas de los factores que predisponen el terreno á la infección tuberculosa.

Nombrad una comisión que estudie con el cariño que merece el problema que os presento. Os lo suplico en nombre de millones de desgraciados tuberculosos, amarrados á la rutina por la traba sutil de la fibra nerviosa, cadena más eficaz que la del penado porque la lleva el alma sin sentirla...

TOMÁS N. MINGOTE
Médico titular en Biota.

Zaragoza.

REMEMBRANZA

Sesenta y dos obispos reunidos en Toledo el año 761 de nuestra Era (IV Concilio toledano) formaron el Fuero Juzgo, compilación legal para toda España.

Veamos lo que respecto á los médicos (físicos se les llamaba entonces, y aún hoy es muy usual tal calificación en los institutos armados); veamos, repetimos, lo que respecto á los médicos preceptuaba el Código del rey Chindasvinto:

Título 1.º Ley 1.ª—Ningún físico sangre ni medicina á mujer libre sino á presencia de su padre ó madre, ó de sus hijos, hermanos, tíos ú otros parientes; y en caso de que la dolencia no diese lugar á esperarlos, estén presentes los vecinos buenos ó los siervos ó las siervas de la enferma, pues podría suceder si no que cometiese algún abuso. El que en otra forma la medicina, pague diez maravedises á sus parientes ó á su marido.

No abundan los médicos partidarios del pasado. Los que tal atavismo sientan cohonesten como puedan semejante desconfianza, mejor, tamaño vileza. Bien que si la mujer no era libre, sino sierva, la cosa cambiaba de aspecto. Los 62 obispos legisladores, entre ellos San Isidoro, cristianamente dejaban en libertad á los médicos para sangrar y medicinar á las mujeres siervas en la forma que tuvieran por conveniente. Como la ley episcopal dejaba en libertad á los veterinarios y ninguna garantía otorgaba á las caballerías, innecesario era preocuparse de la desgraciada mujer sierva. Y esto después de cerca de siete siglos de cristianismo y de intervenir en la formación de la ley un canonizado después por la Iglesia.

Ley 2.ª—Ningún físico visite á las presas en la cárcel, sin presenciario el alcaide, no sea que, temerosas del castigo, pidan á aquél alguna bebida que les produzca la muerte. El físico que contravenga, dé satisfacción, y sea castigado.

¡Los alcaides, gentes villanas entonces, fiscales de los médicos, salvaguardia de la ley contra los galenos medioevales! Ayúdenme ustedes á pensar qué hubieran legislado aquellos santos varones si hubieran presenciado un porvenir darwinista exaltado hoy por la ciencia médica.

Ley 4.ª—«El físico que concertase con el enfermo lo que ha de haber por curarle, sánelo lo mejor que pueda. Si muriese el enfermo, nada haya de lo pactado, ni se produzca queja alguna.»

Ya en esa predisposición tan favorable al enfermo, aún les quedaba un más allá á los legisladores mirados: que el médico prestara caución para abonar á la familia los gastos de entierro y bien de alma.

Ley 6.ª—«Cuando algún físico sangre á hombre libre, de modo que por ello resulte algún achaque (*enflaquezca*) pague ciento cincuenta sueldos. Si le causa la muerte, entreguese á sus parientes para que hagan de él lo que quieran. Siendo siervo el muerto ó achacosó por la sangría, entregue el físico otro tal siervo á su Señor.»

Convengamos que fué vidente la ley tradicionalista. No es una novedad los lynchamientos de que nos hablan las crónicas americanas. Por onza más ó menos de sangre en una sangría, la parentela podría lynchar al médico, mecharlo y hasta engullírsele en pepitoria. En cambio, y váyase lo uno por lo otro, cuando se trataba de un siervo la cosa quedaba reducida á una insignificancia: el siervo muerto al hoyo, el achacosó á la pradera y en su lugar otro de igual peso é iguales hierbas, y *pax Christi*.

Ya lo dijo Lamartine:
«Veinticuatro horas de Edad Media y no quedaba un partidario del pasado.»

Las educandas

Días atrás las he visto cruzar el *boulevard*, y he sentido lástima y compasión de las po-

brecillas. Vestían sencillos trajecitos de azul dril, y sobre el pecho lucían sendos escapularios. En sus cabecitas llevaban negros trozos de paño. Parecía asustarlas la presencia de las gentes. En larga fila de á dos marchaban silenciosas, la cabeza baja, acompañadas de las madres profesoras.

¡Qué aspecto tan tétrico presentaban! Sus ojos tristes carecían del vivo centelleo de la niñez. Tenían el semblante amarillento, enfermizo. El raquitismo, la anemia, parecían haberse apoderado de sus cuerpecitos... Faltaba en ellos la sana alegría de la edad.

Estas niñas son educandas de un colegio de monjas de las importadas últimamente de la vecina Francia, de esas que dicen, y hay quien lo cree, que á las niñas pobres las educan é instruyen por caridad. ¡Por caridad!... ¿Quién no sabe cómo se ejerce la tan cacareada caridad en tales colegios? Matando el espíritu y aniquilando el cuerpo de las desdichadas que les sirven de señuelo para cazar á las niñas ricas.

Si, lo repito; sentí compasión de las niñas aquéllas. Sometidas á un régimen de vida mística por completo; respirando un insano ambiente de fanatismo y de ignorancia; prisioneras sus tiernas inteligencias del engaño y del error; arrebatadas al bello desorden de la niñez para convertirlas en mujercitas metódicas, insulsas, apocadas... Las infelices educandas en esos colegios dirigidos por religiosas, seres incapaces de sentir y de amar, sólo piensan en vivir para ganar el cielo...

¡Pobres niñas, víctimas del fanatismo y de la reacción imperante! Estaría justificada una revolución honda sólo para volverlas á la vida.

P. PINO

Gijón.

EL COLMO DEL ANUNCIO

No puedo dejar sin protesta esta burla sangrienta á un desgraciado, que leo en el número de *El Liberal* del sábado:

«El conocido joyero de esta capital don José de Rute y Chinchilla, nos ruega hagamos constar que él no es el D. José Rute á quien se negó el ingreso en el Hospital Provincial, y del cual hicimos mención en nuestro número del 11 del actual.»

¿De dónde ha sacado ese joyero que podía nadie suponerlo en condiciones de ingresar en un hospital? ¿O es que andan tan mal sus negocios, que sospecha que algunos de sus clientes, ó de sus proveedores, ó de los que le conocen, hayan podido pensar que él era el José Rute de la noticia?

Va produciendo ya náuseas el afán de ciertas gentes por verse en letras de molde, aun cuando algunas lleven el propósito de anunciarse de paso como industriales.

Desde Benavente

Improbis malorum, bonorum laus est.—Sentencia dada por Barr Abías á su salida de la cárcel; bandido hebreo de los primeros tiempos de la Era Católica. (1)

La confabulación de vividores y clericales ha dado á luz un periódico deforme. *El Eco de Benavente* se nombra.

Se ha presentado, como todos, (2) con carácter católico acompañado de sus accesorias: censuras eclesiásticas, recomendaciones de su lectura, que Dios te lo pague, escritos fúnebres que, según Marcelino Rico,—ablandan las protuberancias crónicas de Satán, y por último, mucha chabacanería y ñoñería sin lógica ni literatura, con variedad de faltas y sobras.

Pacato y templado en un principio, viene ahora, siguiendo la pauta tradicional en ellos, un tanto procaz, hablando de los jacobinos y... jacobinas francesas. Y se pregunta el *malorum scriptor*: ¿es esto la libertad deseada *urbi et orbe*?

Al leer este latín vino *in mente*, como sentencia aplastadora contra los de su grey, aquella otra que puede llamarse santificante para el que la pronunció: *Improbis malorum, bonorum laus est*. «Malo vendrá que bueno me hará.»

Filosofemos.
Los que adoran el obscurantismo son así. Donde el desprecio de la sociedad pesa sobre ellos, los clericales se humillan como un faldero. Donde la sociedad es dominada por los reaccionarios, son crueles, despotas y tiranos. Cobardes con los fuertes, valientes con los débiles. Nunca como el asno de Buridan; siempre cacos poseídos si tratan de quitarles una presa.

En su sonrisa, la falsedad se halla revestida con la máscara de la humildad. Hipócritas siempre; caritativos nunca.

(1) La sentencia que encabeza el artículo, ha llegado, hasta nosotros, pasando la vorágine de los tiempos.
(2) Sólo me refiero á los de su especie é idea.

Aman á Dios por el vientre; al prójimo por la bolsa. Al rico, halagos; al pobre, que trabaje y sufra.

La redención sin dinero no existe. A la bienaventuranza se va por el camino metalizado.

Falsear historias, es su misión. Filósofos, batiendo el cobre; teólogos, haciendo pane... giricos; equilibristas, sin restablecer el universal; astrónomos, en consecuencias milagrosas; naturalistas, haciendo centro del mundo la isla de Delfos; individualistas, trabajando más que la naturaleza por el hombre; racionalistas, á ratos; y patosos siempre.

Tales son las bases sobre que asientan sus doctrinas. Así estamos: siempre p'atrás. Y mucho cuidado. Por si acaso.

ANICETO CADENAS

Enfermos martirizados

En el Hospital de Valencia ingresó hace tiempo una anciana de setenta y tres años, protestante. Las monjas que desempeñan sus oficios en aquel establecimiento comenzaron por exhortarla á que se confesase, é insistieron un día y otro día, con esa pegajosa tenacidad de los catequistas de oficio, hasta que el jefe de la Congregación evangélica hubo de quejarse al director del Hospital sobre tal abuso cometido con una de sus feligreses.

El director reconoció la justicia del reclamo; pero las monjas se impusieron y obligaron á la pobre enferma en una tarde del mes pasado á levantarse, y llevándola á un lugar solitario del benéfico establecimiento, la asediaron para obligarla á practicar la confesión.

Resultado de todo esto: la doliente se resistió con grande energía; perdió el habla, del disgusto; la recobró, poniendo en conocimiento de un visitante lo sucedido; acusaron a las monjas de imaginarias faltas ante otras visitas, lo cual dió lugar á que éstas, indignadas, resolviesen trasladar á la enferma desde el Hospital á una habitación que con ese propósito alquilaron; y al quererlo efectuar, la anciana había muerto y su cadáver estaba en el depósito.

Se la enterró en el cementerio civil, por mediación de sus correligionarios; y gracias también á éstos, que no abandonan la vigilancia de los que forman en su comunión, las monjas no completaron la obra de intranquencia iniciada. Pero hicieron cuanto les fué posible para amargar los últimos días de una anciana acogida á la Beneficencia, y quizás contribuyeron á restarle algunos, faltando á los deberes de humanidad y á los preceptos constitucionales que prescriben la tolerancia.

Los que dicen que no hay problema clerical en España, tomen nota de lo ocurrido, así en Valencia como en otras ciudades, y consideren cuánto no sucederá en los pueblos donde la fiscalización de la prensa está suspendida por toda especie de tiranuelos, laicos y religiosos, pero de la misma caudal.

En la citada ciudad levantina, y en el mismo Hospital, se ha repetido el hecho con otro enfermo, también perteneciente á la religión evangélica.

Su esposa reclamó el cadáver, y se convino en que el entierro se verificara á determinada hora; pero cuando la señora acudió, ya se había enterrado.

Para desvirtuar las quejas de los perjudicados, los acusan las monjas de hacer propaganda anticatólica en el Hospital; especie absurda y desmentida por la prensa valenciana independiente.

Hora es ya de que se ponga mano en esas demasías del clericalismo, que convierten los establecimientos en cárceles donde se tortura á los moribundos y se violentan las conciencias. Eso es inhumano, degradante y no debe seguir. Porque, como dice un periódico de la localidad en que se ha torturado á esos enfermos, ¿no sería más humano prohibirles la entrada, antes que admitirlos para amargarles la vida y acaso precipitarles la muerte?

Si; pero entonces la hipocresía y la maldad no tendrían ocasión ni espacio para laborar su obra nefasta.

Y esta es una señal de los tiempos que corren.

Bibliografía

De la Biblioteca Editorial Salud y Fuerza (Tapinería, 27 y 29, principal), Barcelona.
«Dónde está Dios» monólogo por Miguel Rev. Es un hermoso poema anticlerical del cual ya se han hecho varias ediciones rápidamente agotadas. De mucha utilidad para ser recitado en veladas y actos de propaganda librepensadora.
Precio del ejemplar, 10 céntimos.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESETAS

Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

(1) Me permito la lectura de la dicha copia, ante el temor de que alguno de vosotros la desconozca (veo que no sois médicos todos los aquí reunidos).

SECCIÓN AMENA

La familia sagrada

El bendito hogar parece que se va trocando en un enjambre de perros, gatos, ratones, conejos, lobos y corderos; éste es masón, el otro materialista, aquél jesuita de hábito corto, la mujer católica, el estudiante krausista, y el obrero anarquista. Ya no nos entendemos.

Cada uno opina como le da la gana. ¡Qué tiberios, qué burlas, qué pullas, y a veces qué bofetadas más soberbias entre los hermanitos! ¡Pues no digo nada en política! Este moderado, aquél republicano; uno blanco, otro rojo, azul, verde morado... todo un arco iris en cada casa iluminando los cuadros fraternales en que cada cual echa los bofes por hacer la guerra a su hermano.

Esto es una delicia, salpicada de raros episodios, como, por ejemplo, la primera comunión de la niña menor, que acarrea a casa para tomar chocolate al padre fray Antonio Camándulas, que en visita pondera los progresos de la ciencia y del siglo y dice con mucha formalidad que la Iglesia es la primera interesada en el adelanto humano. ¡Qué atinadas observaciones, melosas y fluidas de fray Camándulas al rudo ataque del librepensador! ¡Qué guiños de aprobación de la madre beata! ¡Qué sonrisita la del pícaro estudiante, que se calla como un muerto y se burla de todos!

Lo más admirable es la sinceridad de aquellas gentes; piadosamente se odian, se burlan unos de otros, y se engañan mutuamente siempre que pueden.

El marido se queja de que la esposa le oprime, se entromete en sus opiniones y quiere imponerle las de su confesor; de que no le deja inscribir a los niños civilmente, y le llama hereje y mal nacido; de que le mata de hambre; de que le esconde los libros prohibidos por la Iglesia; de que no hay dinero para tabaco y sí para respuestas; de que la educación de los hijos es distinta a la que ordena el padre; de que nada basta para las atenciones de la casa, pozo sin fondo donde desaparecen todos los frutos del trabajo. La mujer se queja de que él es un liberalote, porque habla mal de los frailes y quiere echarlos a escobazos; porque no va a las procesiones ni se confiesa; y dice que no está satisfecha ni contenta, que no se ha casado para vivir mortificada, y que tiene derecho a pedir la felicidad a su marido.

El se encoge de hombros, replica que no puede hacer más, y que la felicidad no es de este mundo. Asediado por su mujer, pronuncia un discurso en calzoncillos mientras mata chinchas en la pared con la palmatoria en la mano, y en alas de su entusiasmo filosófico, enjareta un tratado de moral, economía y ciencias biológicas. La esposa, que no está por teorías, sino por lo que no tiene, se irrita y lanza sobre su marido duras reprimendas. El, con más paciencia que un santo, suspende la matanza y dice a la esposa airada:

—Pero, hija mía, hazte cargo de las circunstancias; la carestía de las subsistencias hace difícil la vida; la mala alimentación, y además poca, y adulterada; la habitación con chinches, el aire mofético, y todos haciendo las ilusiones. Aquí se suda el quilo, y se echan las asaduras; mala ventilación, poco espacio. Mi taller de trabajo es pobre, sucio y lejano. Ando mucho, como poco, trabajo lo indecible. La vida intelectual, en los ratos libres, me deja también escurrido de calefre y no puedo mimarme tanto como desea mi corazón. No bebo vino, y si lo bebo es veneno que me resaca; mis comidas son irregulares. Cuando me falta el trabajo me nace una cana, y pierdo diez años de vida viendo a nuestros hijos padecer y que en realidad pasamos hambre. Después sabes que tenemos sufrimientos morales; que no congeniamos en nada; que nos alcanza la miseria universal; ¿cómo ser felices en tales condiciones? ¿por qué te extrañan mis abatimientos? No puedo más. Todo este conjunto de cosas altera las condiciones químicas y fisiológicas de los gérmenes profligicos, y contribuye a que emigre la dicha del tálamo de los esposos, aumenten los tormentos ocultos y huyan los placeres de los desheredados de la vida. ¿No sabes que nuestra cena es un guisado con mucho caldo y media libra de vaca para nueve de familia? Si, como aseguran los frailes, de la panza sale la danza, nosotros estamos condenados a no danzar. Es un error atribuir estos fenómenos a una sola causa, cuando es múltiple y compleja. No fomentes las repulsiones, los alejamientos, la desconfianza, el disgusto, y no me metas más en cavilaciones, porque el remedio que buscas a tus males no vendrá por ese camino. Con insomnios, parásitos y hambre, no hubieran sentido Venus y Cupido los transportes del amor. Evítame los cansancios y no me des otros nuevos...

La esposa no entiende una palabra de este lenguaje. La falta de placeres santificados por la Iglesia, las escaseces, el ruido infernal de los chiquillos, los males de cabeza y los dolores de muelas, debidos, según ella, a la falta de distracción y desahogo de todas clases, las enfermedades y apuros, y, por último, la pachorra del marido que no evita nada de esto, acaban por desesperar a la costilla y se arma una marimorena de doscientos mil de á caballo.

Pasan dos días en calma; pero como ella es gorda y él flaco, ella quiere baños y él los aborrece, ella es sanguínea y él nervioso, ella novelesca y él pensador, ella apática y él activo, ella caliente y él frío, ella católica y él masón, ella amiga de visitas y él huraño, por el más leve motivo se arma la de San Quintín. Y vuelta con los discursos en calzoncillos.

Aligando, aligando Cupido rinde pacíficamente incienso y honores en los altares de Venus, y la diosa se retira satisfecha. Si miento, que sean francas las mujeres, y que hablen por mí los filósofos, los hombres de

política y negocios, los pensadores, los degenerados por los vicios, los distraídos, los muy trabajadores, los fatigados, los enfermos, los viejos prematuros, los hambrientos, los abrumados de dolores morales, los que estudian... Que hable la humanidad y sea franca y no se engañe a sí misma.

¡Y a esta guerra santa en paños menores llaman los obispos en Concilio lazo indisoluble!

Celebraba el sacrificio de la misa un sacerdote de mal genio y peores formas. Notó el monaguillo ayudante que al alzar ponía la hostia al revés, y le dijo:

—Fray José, que eleva usted al revés la hostia.

El fraile lo oyó, pero no hizo caso, y volvió a alzar del mismo modo.

—Fray José, repitió el monaguillo; que pone usted el Cristo cabeza abajo.

—Calla, arrastrao, exclamó el cura; que no se le caerán los cuartos del bolsillo del chaleco.

¡Qué barbaridad y qué irreverencia! Hay frailes como cerrojos.

Día de vigilia

Hundido, más que sentado, en inmenso sillón de la biblioteca del convento y con las manos cruzadas en actitud beatífica sobre su abultado vientre, el reverendo fray Gerundio, prior de la colegiata, sostiene con el hermano cocinero el siguiente diálogo:

—Decid, hermano; ¿qué me tenéis preparado para la santa vigilia?

—Pues para empezar, tiene vuestra paternidad dos docenas de ostras que he comprado esta mañana como legítimas de Ostende.

—Muy bien; ¿y qué más?

—También os he preparado una sopa de cangrejos y una langosta con mayonesa.

—Bien, bien; ¿y qué más?

—Hay también para vuestra paternidad una poquita de merluza a la vinagreta y unos langostinitos.

—Perfectamente; ¿hay alguna cosita más?

—También podéis tomar unos pastelitos de anchoas.

—No me desagrada, no me desagrada la comida. Y para postre, ¿qué me habéis preparado?

—Pues tiene vuestra paternidad dos clases de almíbar, dos de queso y fruta, y, para humedecerlo todo, el vino de Rioja que tanto os gusta. Hubiera querido ponerlos también, por ser de pescado la comida, una botellita de manzanilla, pero ayer terminasteis la provisión y hasta que no se reponga...

—Nada, nada, ya sabéis que no soy exigente; se lo ofreceré al Señor. Y para la comunidad, ¿qué hay?

—Una sopita de ajo...

—Muy bien, muy bien; que se la coman,

¡pobrecitos! que se la coman, que también son hijos de Dios.

MANUEL EXTREMERA

Cuando ocurrió la muerte del gran delfín de Francia, hijo de Luis XIV, pronunció un capuchino su oración fúnebre, oración tan ridícula y grotesca, que madama Maintenon, viendo al rey muy afligido por aquella muerte, creyó que el mejor medio de distraerle era que le recitasen el discurso del fúnebre.

Así se hizo, y el rey, a pesar de su dolor, no pudo contener la risa.

¿Qué tal sería el sermón?

El vino de "El Purgatorio"

—Señor cura, quiero que diga usted tres misas para sacar a mi padre del Purgatorio.

—Te costarán 30 pesetas.

—Un poco caras son, pero, en fin, sino rebaja usted nada...

—Ni un céntimo. Lo que voy a hacer es convidarte a un vaso de vino. ¡Pascasia! Saca una botella y dos vasos.

—¡Vaya un caldo, padre cura!

—¿Te gusta? ¿eh?

—Mucho. ¿De dónde es?

—Me lo envía un amigo, dueño de un pago de viña que llaman «El Purgatorio». ¡Ya ves qué nombre más raro para una viña!

—¿Con que del Purgatorio?... Pues mire usted, señor cura, no hemos hablado nada de las misas. Conozco bien a mi padre, y no me perdonaría nunca que le hubiese sacado de un lugar donde hay tan buen mosto.

Unos capuchinos cogieron a un muchacho que les robaba las frutas de su huerta.

El padre fué llamado al convento para que le reprendiese y, en efecto, regañó fuertemente a su hijo, tratándole de haragán, de ratero, de torpe, y acabó diciéndole:

—Si no quieres hacer nada en el mundo ni servir para nada, métete a capuchino.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— POR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 a los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

(FOLLETÓN 11.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

— POR —
OFFENBACH

algunos minutos más de confianza de parte de los españoles, y cuantos de estos había en Puerto-Rico a fines de 1887 serían implacablemente pasados a cuchillo por los puertorriqueños como por los sicilianos lo fueron cuantos franceses había en Sicilia a principios de 1282. De modo que también por esto hemos venido a evocar el recuerdo del horrible siniestro recientemente ocurrido en la grande y feraz isla italiana.

Y en efecto: al tañer de las campanas en las urbes y al sonar de los cencerros en los campos, los conjurados, convenientemente distribuidos en toda la isla, degollarían a los españoles que les cayesen cerca; asaltarían y desvalijarían las numerosas tiendas y establecimientos de toda especie de propiedad española, poniéndoles fuego después; y una vez terminada esta faena, llamarían y se entregarían a los aragoneses, esto es, a los que de tales habían de hacer en estas vísperas, o sea, a los yankees, a los cuales confiarían el cuidado de arremeter contra las mercedadas tropas españolas, desalojándolas de los fuertes de la capital y algún otro en que pudieran haberse guarecido al oír el fragor de la tormenta.

Y aún había algo más. Aún había algo más, decimos, porque aquellos naturales se alzaban no sólo para reivindicar los

derechos, sino también para restablecer las costumbres de sus antepasados los caribes, los que, como se sabe, solían comerse a los prisioneros que hacían en la guerra, y se decía que los conjurados se proponían no prescindir de este detalle. Así lo aseguraban muchos de los mismos que habrían hecho de manjar en tal festín.

Para la realización del plan, ya nada faltaba más que la llegada de una expedición, de un cuerpo, digámoslo así, auxiliar, reunido y organizado en la vecina isla danesa de Santhomas, y para cuyo armamento se tenía, también allí, dispuesto de antemano un depósito de armas y municiones bien surtido.

Por fortuna la terrible conspiración fué a buen tiempo descubierta. ¿Por quién? Pues por los siempre vigilantes gansos del Capitolio, que, aun antes de saber nada, ya lo habían previsto o adivinado todo, y que cabalmente venían graznando la llegada de los galos, esto es, de los filibusteros, desde el momento mismo en que aquel gobernador general, una especie de mirló blanco, al proveer la primera alcaldía que en su tiempo vacó, lo hizo con toda seriedad é imparcialidad y con arreglo a terna.

Fué el caso, en fin, que el gobernador general se hallaba en Ponce, población liberal, en la que había sido bien recibido y estaba muy obsequiado, lo que a los astutos gansos inspiró grandísimo recelo. Y con motivo de lo que aquellos naturales, también algo guasones, llaman una «alborada», sin duda para confusión de los forasteros, porque es un acto nocturno, y que consiste en una manifestación popular con pendones, bandas de música y faroles de colores, el ciudadano hijo

del país que la capitaneaba ó dirigía, después de pronunciar un discurso ante el gobernador general, que se hallaba al balcón, comenzó a dar estos vivas uno a uno: ¡Viva España!—¡Vivaaaa!...—¡Viva el rey!—¡Vivaaa!...—¡Viva el general!—¡Vivaaa!...—¡Viva Puerto Rico!...

Esta vez el viva iba a ser más largo, pero los manifestantes, siguiendo el anterior compás, se apresuraron a gritar ¡vivaaa!... lo que contrarió mucho, como es de suponer, al que llevaba la voz, el cual les gritó a su vez: «todavía no, todavía no, aún no he acabado». Calláronse los gritadores y el orador volvió a decir: ¡Viva Puerto Rico, libre y feliz!...

Aquí nueva interrupción de ¡vivaaa!... Indignado entonces el hombre, comenzó a repartir puñetazos entre los circunstantes que tenía más próximos, advirtiéndoles que él les avisaría cuándo habían de contestar; y reasumió el viva pudiendo exclamar, por fin, pausada y sonoramente: ¡Viva Puerto Rico, libre y feliz bajo el árbol sacrosanto de la nacionalidad española! diciéndolo en seguida a la multitud: «¡ahora! ¡ahora!», y siendo entonces extruendosamente contestado el viva más español que jamás se haya dado en aquella ni en ninguna otra colonia.

¡Ah! ¡pero cuán difícil era burlar, engañar ni de ningún modo eludir la incansable vigilancia de los gansos del Capitolio! Ellos no oyeron, ni quisieron oír más que hasta «Puerto Rico libre»; lo demás les tenía sin cuidado. Así fué que desde aquel mismo plinto comenzaron a transmitir a todas partes, a Madrid inclusive, la voz de alarma, anunciando que se había dado el grito de «Puerto Rico libre» en las mismas barbas del goberna-

dor general; y a este mismo (que no había oído nada, por ser sordo) convencieron de ello metiéndole así en el pecho, con la más patriótica desconfianza, la más justificada indignación. Y como de esto al descubrimiento de las proyectadas vísperas borinqueñas sólo hubo un paso, no muchos días después eran sorprendidos y aprisionados los ocho ó diez conjurados más temibles, entre ellos el mismo Sr. Baldorioty de Castro, el Prócidá borinqueño, de mucho más cuidado que el siciliano, pues durante toda su vida, ya muy larga, se había mostrado en todas partes, hasta en las Constituyentes de 1869 de que había sido miembro, persona discretísima y prudentísima, y aún pusilánime; y claro estaba que del tenaz y profundo disimulo de un hombre que aguardaba a la vejez para sacar de pronto unas uñas tan terribles, todo, todo había que esperarlo y que temerlo.

En cambio, de los otros caudillos de aquellas malogradas vísperas, todo el mundo hubiera podido y aun debido sospechar de antiguo. Porque había uno, por ejemplo, en cuya casa se veía con gran frecuencia entrar y salir gente, gente que casi siempre iba con papeles, sin duda planes de conjuración y listas de conjurados. Era un notario. A otros dos se les veía de continuo presa de la mayor inquietud y actividad, yendo y viniendo por todas partes y en todas ellas fisureando y husmeando como para espiarlo y averiguarlo todo. Eran dos periodistas. ¡Y a manos de otros dos, se sabía positivamente que habían muerto varias personas! Eran dos médicos. De manera que de hombres así, de hombres como aquellos cinco monstruos, terrorífica y respec-

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

dar un pedazo de pan á sus hijos, todo era presa de las llamas."

Consecuentes con el sistema copiado de los bandoleros de la peor especie, cuando vieron imposible la resistencia contra las tropas de Espartero, incendiaron las casas.

El brigadier carlista Cabañas, relegado al caserío de Saracois, era odiado por la camarilla de don Carlos, no sólo por lo mucho que le querían los soldados, sino por los chistes acerados que contra ella hacía y las censuras que la prodigaba.

Concertó la camarilla asesinarle, valiéndose del comandante de quinto batallón de Navarra, y salieron de Cirauqui cinco individuos con tal encargo.

Llegaron á Saracois á primera hora de la noche, preguntaron por Cabañas, y sus patronos les contestaron que estaba en casa del cura, pero que pronto volvería á cenar.

Llegó á poco, efectivamente; se avalanzaron á él, le ataron los brazos con cuerdas, le robaron los papeles que guardaba y lo asesinaron á bayonetazos, mientras sus patronos, que le habían cobrado afecto, lloraban á gritos llenos de dolor y espanto. Lo remataron de un tiro en la cabeza.

Después arrojaron el cadáver por una ventana que daba á una acequia, cogieron las ropas que le habían quitado, se fueron, y colocaron al pie de un árbol á media legua de distancia, con un papel encima que decía: *«he muerto por traidor á manos de los voluntarios.»*

Por centenares de hechos criminales perpetrados por los carlistas estampó estas líneas en sus columnas el *Morning Chronicle*, importante periódico de Londres:

«Las horribles crueldades cometidas por los soldados de don Carlos deben de acabar de arruinar su causa. El bárbaro decreto de Durango era muy humano en comparación de los nuevos actos de estos canibales. Ya no les basta inmolarse prisioneros á sangre fría; parece que se gozan en atormentarlos, haciéndolos morir lentamente. Los carlistas residentes en ésta no han podido menos de llenarse de horror y de indignación al saber las crueldades cometidas contra los prisioneros ingleses que fueron desnudados y arrimados á las murallas, donde los fusilaron con un refinamiento de barbarie, hirniéndoles primeramente en la parte inferior de las piernas, después en los muslos, y por último, en el pecho. Aunque se quiera al parecer negar tales atrocidades, es evidente que dan un color muy odioso á la causa carlista. Cuando se haya adquirido la certidumbre de que los acontecimientos han pasado de esta manera, es probable que nuestro gobierno adopte alguna medida decisiva para poner término á estas horribles atrocidades y á la guerra civil.»

Y que con los prisioneros cometían crueldades horribles, confirmando estos párrafos de una comunicación dirigida por el general O'raá á Cabrera:

«He sabido que más de tres cuartas partes de los prisioneros que tenía en su poder, han sido víctimas del cruel, bárbaro é inhumano trato que han recibido, llegándoles á falta el total alimento cerca de tres días, metiéndolos indistintamente en calabozos, obligando á marchar á los enfermos y heridos que no podían caminar, matándolos á bayonetazos y dándoles en tantos fuertes golpes en la cabeza, sin más causa que la de no poder andar, fusilando á unos y poniendo á otros en la horrible precisión de alimentarse con carne humana, dejando morir á otros sin confesión, llevando á unos vivos á un muladar y á otros al sepulcro pidiendo pan, sin facultativos que los hayan asistido en su enfermedad y curación de heridos, cuando yo he hecho llevar en parihuelas por nuestros soldados á los que ustedes han abandonado en el campo de batalla, conduciéndolos con esmero á los hospitales del ejército, donde aun existen varios, asistidos con el mismo esmero que los demás. Examine usted en su conciencia, reflexione y compare imparcialmente el comportamiento de unos y otros, y deducirá fácilmente la impresión que habrá hecho en mi alma un relato tan lastimoso, pero que desgraciadamente es demasiado verdadero para mengua y oprobio de sus autores.»

Verdad es que en cambio nombraban generalísima á la Virgen de los Dolores, de-

mostración piadosa que se daba de cachetes con esas crueldades.

Y después que los campos de batalla quedaban rojos de sangre de hermanos y cubiertos de cadáveres para satisfacer la ambición de un hombre; después que millares de heridos gemían en los hospitales y el corazón de todas las madres que tenían hijos en la guerra se anegaba en llanto, se hacía cantar un *Te Deum*. Sarcasmo é iniquidad que espantan.

Entre las peripecias del sitio de Beteta, que se hallaba en poder de los carlistas y fué asediado por Aspiróz, figura una digna por todos conceptos de sus autores.

Habiendo pedido parlamento los sitiados, el general Aspiróz envió al capitán Santa Pau, y al llegar éste á la puerta del pueblo, le hicieron una descarga, de la que se libró milagrosamente. Luego se supo que aquella cobardía fué perpetrada por veinte hombres, los cuales componían una partida destinada á recorrer el país haciendo excursiones hasta cerca de Madrid, con la única misión de saquear los pueblos, apoderarse de los carreteros y de cuanto podían, llevándolo todo á Beteta, que era su guarida. Cuando cogían á algún oficial del ejército ó nacional, le cortaban la cabeza en la plaza del pueblo.

Casi todos dejaron mucho dinero á los curas que les auxiliaron al ser ejecutados, desmintiendo así el dicho popular de que lo mal ganado se lo lleva el diablo.

Todos los ejércitos del mundo tratan con respeto al contrario que se bate heroicamente, menos los carlistas. Verdad que los carlistas no merecen el nombre de ejército, sino el de miserable patulea.

Una de las defensas más heroicas, y eso que hubo tantas en la primera guerra, fué la de Gandesa frente á Cabrera, teniendo de guarnición únicamente 400 nacionales, un cabo y dos artilleros, y un soldado de cada uno de los regimientos de Burgos y del Rey.

Trescientos cuarenta tiros de cañón les dispararon, cien de ellos de granada; incendiaron todas las casas de campo y cuantos edificios había extramuros y talaron los olivares y almendros, única riqueza del pueblo.

Al dar extensamente el parte del suceso el comandante de armas, decía:

«Allí no defienden sus riquezas, porque son pobres, y no les queda más que sus campos talados y abrasados por la vil canalla; defienden la causa de la patria y del trono, aislados, sin auxilios, sin una protección directa. Ancianos, jóvenes y niños de ambos sexos perecían antes de sucumbir. Cuando el nacional abrumado con el peso de la fatiga descansa un rato, su mujer, su madre ó hermano, ocupan su lugar en la aspillera, y la defienden con igual heroísmo. Las brechas que hacía el cañón enemigo eran al momento reparadas y defendidas con el filo de la bayoneta de los nacionales. ¡Aquí tienen los españoles ejemplos que imitar y hechos innumerables que admirar!»

Las mujeres, en efecto, no desmayaron en tan crítica situación; antes bien de día y de noche trabajaban, ya llenando sacos para formar parapetos, ya arrancando ladrillos con el mismo objeto, ya asistiendo á los heridos, ya en fin algunas haciendo fuego y sufriendo con tanta resignación como los hombres la escasez de agua, tan grande, que en el espacio de doce días sólo se repartió un porrón por persona.

Y en vez de haber concedido á aquel pueblo de héroes todos los honores de la guerra, los carlistas se portaron en él... como carlistas.

Asesinaban por el placer de asesinar. Después del convenio de Vergara, reunió Cabrera en su alojamiento buen número de jefes y oficiales distinguidos; preguntóles lo que pensaban respecto á la guerra; los más declaráronse resueltos partidarios de continuarla á toda costa; algunos, sin embargo, creyeron que la prudencia aconsejaba pensar en una paz honrosa.

Cabrera oyó á unos y á otros con admirable impasibilidad, y terminado el consejo, exclamó dirigiéndose á los que se pronunciaron contra la guerra: *«Estos señores parecen que tienen ganas de descansar; démosles, pues, gusto.»* Y los mandó fusilar.

El que menos de los cabecillas tenía á su cargo sin número de crímenes. Uno de ellos, no muy renombrado, Tell de Mondedeu, había fusilado á la guarnición rendida en Pra-

des después de haberle dado palabra de honor de respetarle la vida, así como á los paisanos que encontró en los pajares alrededor de la villa; había exigido á Juan Bautista Anglés 210 onzas de oro por salvar su vida; se las envió con un cuñado suyo, y después de recibirlas fusiló á los dos.

Al ir á pasar Cabrera el Ebro por las intermediaciones de Tortosa después de haberse perdido para la causa carlista el reino de Aragón, fusiló á los nacionales que llevaba presos desde Morella y los arrojó al río á presencia de otros que guardó para fusilarlos en Berga y de otros que entregó después á las autoridades francesas. Entre los echados al río estaban don Carlos Llop, médico de Calanda, y don Manuel Velilla, alias *España*.

Así reanudaba el tigre del Maestrazgo su serie de crueldades, interrumpidas por su enfermedad, y cuya última etapa consistió en fusilar durante el mes de Octubre 295 personas, á que siguieron muchas otras en los dos siguientes y algunas durante su convalecencia.

Ladrones, asesinos, violadores, incendiarios, crueles, sanguinarios, calumniadores de sus víctimas como en Soneja, y también envenenadores; esto son los carlistas.

Las mujeres de Soneja no envenenaron las raciones á los carlistas. En primer lugar, porque para envenenar tantas raciones se necesitaba una gran cantidad de veneno de que las infelices aquéllas no podían disponer; en segundo, porque de envenenarlas, no hubieran tenido la candidez de esperar-se allí exponiéndose al furor carlista.

La historia prueba con hechos que no hubo tal envenenamiento en Soneja; lo que sí es verdad, y prueba la historia también, es el siguiente hecho:

«El cabecilla Tristany, viéndose perseguido muy de cerca por fuerzas del ejército liberal, *envenenó trece pellejos de vino*, y los dejó en sitio á propósito—entre el santuario y el pueblo de Pinos—para que sus perseguidores encontraran dicho vino y bebiesen de él. Así sucedió en efecto; al encontrar las tropas liberales el vino envenenado, no sospechando que lo estuviera, empezaron á beberlo celebrando entre risas el feliz hallazgo.»

Por fortuna, un oficial que debía conocer muy bien á los carlistas, concibió sospechas y dió la voz de alarma, pero cuando ya habían bebido cincuenta cazadores y empezaban á sentir los efectos del veneno. Gracias al avisado oficial se acudió á tiempo y pudo salvarse á los envenenados (1).

EL CANÓNIGO TRISTANY

...Había nacido en una casa de campo en las inmediaciones de Ardebol y tuvo por maestro en sus primeros años al párroco de este pueblo. No hay que decir, pues, que fué educado en el santo temor de Dios.

Ya talludito, huyendo de la esteva y el azadón, como hacen muchos, la gran mayoría, siguió la *carrera de cura*, y á los veinticinco años de edad fué ordenado, á pesar de su escasa inteligencia.

Tres años después, en 1822, fué uno de los realistas más furibundos y exaltados que aclamaban á la Inquisición y á Fernando rey absoluto; reclutó gente, se echó á las matas, y á la cabeza de una de aquellas partidas de bandoleros cometió tantos crímenes, crueldades y excesos, que á instancia del barón de Eroles fué procesado y preso.

Vencidos los constitucionales y entronizada aquella reacción que no tuvo más medios de gobierno que el patíbulo y el puñal, fué Tristany puesto en libertad; se le devolvieron las licencias para celebrar, y sus manos, tintas en sangre de inocentes víctimas, volvieron á elevar en los altares la hostia consagrada; y aquel rey infame, el peor de los reyes y el más perverso de los hombres, Fernando VII, recompensó los crímenes de Tristany dándole una canongía en Guisona y ascendiéndole después, en 1826, á otra en la catedral de Girona.

¿Qué le faltaba á este canónigo para ser un buen cabecilla carlista? Muerto el rey chispero, fué de los primeros en alistarse en las filas carlistas; y Carlos, atendidos los méritos que había contraído asesinando liberales y á su dignidad de canónigo, le nombró mariscal nada menos.

Desde entonces, la vida de Tristany fué una serie no interrumpida de crímenes; su historia la de una hiena; sus hazañas las del peor de los monstruos que pudiera encontrarse en los presidios, si el más malo de los presidiarios no fuera un ángel modelo de inocencia y de candor al lado de este buen canónigo.

Allá van algunas de sus hazañas.

Con sus hordas de asesinos, ataca á Monistrol de Monserrat, y porque no puede

(1) Pírala. *Historia de la guerra carlista*.

apoderarse de los liberales que se habían fortificado en la iglesia á pesar de haberla hecho incendiar, enfurecido, hace degollar sin piedad á desvalidos y débiles ancianos, á pobres é indefensas mujeres que llorando tratan en vano de ablandarle, á inocentes niños que ningún mal le habían hecho. No satisfecho con tanta sangre, anima á los suyos para el saqueo y la destrucción, *autorizándoles para todo*, y allí se cometen los crímenes más horribles; la violación y el asesinato van juntos, y en pos de ellos el robo y el incendio.

Pide desde Monistrol raciones en gran cantidad al pueblo de Caldas, y porque aquel pobre vecindario por falta de medios no había podido prepararle todas las que pidió, lo entrega al saqueo y se reproducen en Caldas los horrores de Monistrol. El robo, la violación y el asesinato primero; después el incendio, del cual únicamente se salvan cinco casas defendidas por los liberales.

Perseguido por las tropas liberales huye de Caldas, incendia más tarde á Arebós, y asesina en Castellfollit á ocho liberales de Igualada que tenía prisioneros.

Enterado de que parte de la guarnición de Solsona ha ido por el correo á Cardona, logra sorprenderla y no da cuartel á nadie; cincuenta de aquellos infelices fueron acuchillados en mitad del camino, y aún tuvieron suerte, porque los otros, refugiados en una casa, fueron quemados; Tristany la incendió y allí perecieron. No contento todavía, ávido de más sangre, hace acuchillar á cincuenta soldados de la legión extranjera, belgas la mayor parte, y á muchos quintos de Zamora que juntamente con los belgas habían caído en su poder.

En Cardona degüella á los guardadores de las salinas y hace asesinar después á cincuenta y un hombres que custodiaban el correo de Cervera á Tarragona.

Allí donde pone los pies de Tristany deja huellas sangrientas, lágrimas, luto, desolación y ruinas. Es el azote de los pueblos, el nuncio de la muerte.

En los montes de Panadella hace prisioneros á trescientos soldados mediante capitulación, en la cual se estipula que sus vidas serán respetadas. Al día siguiente manda encender una gran hoguera, y los pobres soldados son conducidos de quince en quince junto á ella, y allí se les fusila; en seguida, cuando muchos están agonizando todavía, son arrojados á la hoguera.

Había jurado la ruina y destrucción de Calaf, porque esta población liberal no quiso nunca abrir sus puertas á los carlistas. Valiéndose de la perfidia, y puesto de acuerdo con un matrimonio que habitaba cerca de la muralla, consigue introducir cincuenta de sus esbirros en el pueblo; pero no puede lograr sus pronósticos, pues advertidos á tiempo los liberales, se aprestan á la defensa. Entonces, dando una vez más rienda suelta á sus feroces instintos, saquea é incendia setenta casas que tenía en su poder, y después de las más repugnantes escenas de violación, hace que sean asesinadas muchas infelices mujeres, por ser esposas, madres ó hijas de los liberales.

También era Solsona una población liberal y bien defendida contra los carlistas; pero había obispo, el que tenía lo que llaman familiares y un buen palacio, para mortificarse mejor sin duda.

Los familiares de este santo sobornaron á un guardia nacional, desertor carlista, que estaba de centinela en dicho palacio convertido en fuerte, y de acuerdo con Tristany abrió una noche una de las puertas, entrando los carlistas con mucho sigilo.

Sorprendió el cuerpo de guardia y asesinados casi todos sus individuos, los que pudieron escapar dieron la voz de alarma y corrieron con sus compañeros, mujeres é hijos á refugiarse en un convento de monjas, donde se hicieron fuertes. Abrióse después otra puerta junto al palacio episcopal, y entró Tristany al frente de los suyos dispuesto á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sin comida, sin agua y reducidos á la más extrema necesidad hasta el punto de tener que beber sus propios orines, los liberales resisten todo y todo lo prefieren á caer en manos de los carlistas. Después de once terribles días de estar sitiados, medio desfallecidos ya, fueron librados de una muerte horrorosa por tropas liberales al mando de Meer, que llegaron cuando la resistencia era ya imposible.

Ni el obispo ni sus familiares fueron fusilados...

(Continuará.)